

EL COJO ILUSTRADO

AÑO II

1º DE OCTUBRE DE 1893

Nº 43

PRECIO

SUSCRICIÓN MENSUAL. B. 4
UN NUMERO SUELTO.. . . . B. 2

EDITORES PROPIETARIOS

J. M. HERRERA IRIGOYEN Y CA.
EMPRESA EL COJO—CARACAS—VENEZUELA
DIRECTOR: MANUEL REVENGA

EDICIÓN BIMENSUAL

DIRECCIÓN: EMPRESA EL COJO
CARACAS — VENEZUELA

ORIGINALES. — NO SE DEVOLVERÁN LOS QUE SE NOS REMITAN, PUBLIQUENSE Ó NO

SUMARIO

TEXTO.—Pbro. Dr. Juan B. Castro.—El Gallo del Campanario, por Eugenio Mouton (Merinos).—Bajo relieve, de Ismael Henrique Arciniegas.—Don Pablo Ramella, por la Dirección.—El pudor, por J. A. Pérez Calvo.—Viaje del alma, por Félix Montes.—Leyenda Histórica, por Pedro Manrique.—El credo del amor, por Alfonso Daudet.—De donde viene el mal, por el conde León Tolstoy.—Bibliografía, por la Dirección.—Genium, por don José Antonio Calcaño.—Intimas, por Miguel Eduardo Pardo.—Junto al Rhin,

por Ismael Henrique Arciniegas.—NUESTROS GRABADOS.—José Ramón Betancourt, por la Dirección.—Revista de la Quincena, por Eugenio Méndez y Mendoza.—El Pescador de Is'andia.

GRABADOS.—Pbro. Dr. Juan B. Castro, de fotografía.—Don Pablo Ramella, de fotografía.—Doña Luisa G. Calderón, de fotografía.—Don José Echegaray, de fotografía.—Don Leopoldo Burón, de fotografía.—El Ángel de la Guarda.—José Ramón

Betancourt, de fotografía.—No está en casa, dibujo de J. Herterich.—Casa construida por el señor Ramón Montilla Troanes, en Valencia (Venezuela), de fotografía.—Calles de Buchibacoa y El Acueducto en Coro (Venezuela), de fotografías.—Calle Real de Valencia (Venezuela), de fotografía.—El Paraíso, en la ribera del Guaire, de fotografía de Lessmann.—Colección de tipos populares de Caracas: Niño andando, de fotografía.—Anuncios.



PBRO. DR. JUAN BTA. CASTRO
Arcediano de la S. I. M.

PBRO. DR. JUAN B. CASTRO

Publicamos hoy el retrato del señor Presbítero Doctor J. B. Castro, Arce-diano de la S. I. M. é individuo de número de la Academia Venezolana, en la cual acaba de ser recibido. Bien hubiéramos querido decir mucho en elogio del respetado amigo, pero accediendo á una especial exigencia que él mismo nos ha hecho, nada más añadimos.

EL GALLO DEL CAMPANARIO

La villa de Saint-Vrain-sur-Mesle está con justicia orgullosa de su iglesia. Este monumento es una maravilla del arte ojival. Fué construida por los premonstratenses, quienes tenían allí su casa matriz y durante muchos años consagraron á esa obra la mitad de sus cuantiosísimas rentas.

La orden hallábase á la sazón en el apogeo de su poderío y de su riqueza; y los frailes, para elevar hasta las nubes el arranque de su piedad y la gloria de San Agustín, patrono suyo, quisieron que el campanario de su iglesia superase á todos los de Borgoña.

Este campanil, enteramente esculpido como un encaje, igual que todo el resto del monumento, elevase en un sólo cuerpo hasta la altura de trescientos pies; y desde allí, sobre una plataforma rodeada por un balcón de hierro forjado, sube hasta cien pies de elevación una aguja coronada por una cruz florida.

La aguja es octagonal, con una línea de piedras salientes á lo largo de cada arista.

Los arquitectos de este edificio no parecen haber caído en la cuenta de que hubiera de tocarlo nunca, y como si se hubiesen propuesto reservar su cima á las aves ó á los ángeles, no dispusieron ninguna subida hasta ella. A partir de la plataforma, no hay escalera, ni escala en lo interior; por fuera, la techumbre lisa y pulimentada, sin más relieve que las piedras salientes de las aristas y el rodete redondeado de las losas que forman la cubierta.

La torre de Saint-Vrain parece destinada, por siglos aún, á justificar la ciega fe que sus constructores tuvieron en su eternidad. Desde hace cuatro siglos que está en pie, ni lluvia ni sol, ni viento, ni rayo, le han podido arrancar una piedra, un grano de cemento. Comiencéase á creer que es indestructible; y en la comarca se susurra al oído que más de una vez, luego de una tormenta, á la madrugada, antes de que se despierten los vecinos de Saint-Vrain, manos invisibles han ido á componerla.

Por otra parte, preciso es convenir en que en una región un poco supersticiosa (porque Saint-Vrain está en pleno Morvan), el aspecto y la traza de esa espadaña se prestan por singular manera á las leyendas de todo género á que da margen.

Su prodigiosa altura parece duplicarse por la pequeñez del caserío que á sus pies se acurruca: se ve que si por desgracia se llegara á caer, aplastaría á la villa de un solo golpe. Positivamente, en el fondo, lo han temido así.

Es tan atrevida, tan esbelta, que apenas se concibe cómo puede sostenerse. Aseguran los campaneros que en los grandes ventarrones se balancea como un chopo, y que más de una vez les ha dado terror al sentirse mecidos así entre sus piedras.

Aunque rigurosamente conformes sus perfiles con los principios más puros y exquisitos del arte ojival, tienen arranques y atrevimientos que ponen carne de gallina y dan sudores fríos. Aparte de los campaneros, que nunca pasan de la parte de la torre donde están suspensas las campanas, nadie se ha determinado jamás á subir hasta la plataforma, salvo el inspector de los monumentos históricos, quien afirma haberlo hecho. Esta plataforma, saliente como un canastillo, es tanto más pavorosa cuanto que tres de sus lados caen á plomo sobre el atrio de ingreso, empujando con anchas losas blancas que reducen al sol. La balastrada, que apeña llega á la altura de la rodilla, está tan próxima al muro, que hay espacio preciso para deslizarse nada más; y á medida que se cambia de sitio, andando de costado, para dar la vuelta al balcón, siéntese, sobre

todo al pasar por los ángulos del chapitel, el roce de la pared cual si os empujase al vacío.

Quien tuviese bastante sangre fría para examinar las esculturas de aquella parte de la torre, no podría mirar sin turbarse los extravagantes adornos y las figuras verdaderamente demoníacas que se retuercen y figuran sardónicas en todas las rinconadas y en todos los salientes. Refiere una rancia tradición, que un extranjero que hace más de cien años se empeñó en subir á la plataforma, bajó de ella loco por haber mirado con fijeza cierta figura de diablo en cuclillas y con la barba apoyada encima de los puños.

Sin embargo, como en último término la pobre humanidad siempre encuentra medio, valga lo que valga, para proporcionarse un poco de buen tiempo entre lo que teme y lo que sufre, los vecinos de Saint-Vrain vivían en paz con su campanario, no sin mirarlo á veces con el rabillo del ojo, con aire equívoco. Por lo demás, salvo la historia del extranjero que se volvió loco, no se recordaba, ningún vivo á quien hubiera causado ninguna desgracia. Aún durarían hoy las relaciones de buena vecindad entre la humilde parroquia y la formidable torre, si un accidente inesperado (eso sí, producido por un poder digno de adversario tan colosal) no hubiese venido á inferir menoscabo á la majestuosidad del monumento arrancándole la más alta de sus insignias. El rayo había herido al gallo del campanario: no quedaban de él sino jirones.

Este suceso causó nueva turbación en todos los ánimos. Las gentes supersticiosas veían en ello un presagio funesto para la iglesia, para la villa, para las cosechas; los feligreses ilustrados aflijíanse como por un accidente irreparable que iba á privar á la villa de la única veleta merecedora de confianza. Y en último extremo; siempre había habido un gallo en la torre de la iglesia, y de ahora en adelante nunca más lo habría. Estabase habituado á ese gallo; y se le amaba tanto más, cuanto que se le había perdido y no había esperanza ninguna de reemplazarlo, puesto que, según parecer unánime de todo el mundo, tenía por cosa imposible llegar hasta la punta de la aguja para poner allí otro.

Como en todas las ocasiones en que se prepara una gran calamidad, una siniestra sombra de sobrenatural había venido á proyectar su misterio en este acontecimiento: á fuerza de contemplar los restos del gallo fulminado que permanecían adheridos é inmóviles en lo alto de la cruz, acabóse por descubrir con espanto que, visto desde la puerta del presbiterio, este objeto informe destacaba el recorte de la estampa del demonio, pero tan parecido, que podía verse en ello algo más que un simple capricho de la casualidad.

Y es el caso, según todo el mundo lo sabía, que el hienaventurado Pancracio, prior de los Mostenses, hallándose un día en oración y pensando con exceso en la futura grandeza de su iglesia, que á la sazón estaba fabricándose, el diablo le había metido maliciosamente bajo la capucha un pensamiento de orgullo; y que el bienaventurado, mientras hacía á escape un acto de contrición, con mucho tiento había sacado del cinturón el rosario, se lo había arrojado al cuello al demonio, y después de obligar á ese pícaro á dar tres ó cuatro vueltas por la celda rociándole con agua bendita, le había condenado á mantener en buen estado la iglesia, desde los cimientos al ápice de la cruz, *usque ad consummationem seculorum*.

Pero no había mentado el gallo. La leyenda no decía ni una palabra del gallo. Véase claro que el demonio se vengaba hoy en el pobre animalito.

El deán de Saint-Vrain, que era un sacerdote muy ilustrado, no tardó en tener conocimiento de esas necias historias. Tomó pretexto de ellas para amonestar severamente en una plática fraternal á los supersticiosos temerarios, que no reparaban en barajar el nombre de Satanás con la historia del más venerando de los fundadores de la iglesia; y terminó prohibiendo á su grey que hablase más del asunto, advirtiéndoles por añadidura que iba á colocarse de nuevo el gallo.

Tan pronto como se difundió por la villa esta noticia, produjo en ella un inmenso alivio. A la vaga ansiedad que oprimía todos los corazones, sucedió ese inexplicable jolgorio de un pueblacho que á la postre va á tener su acontecimiento. Porque sería un acontecimiento: el campanario iba á recobrar toda su gloria, se haría la mamola al diablo; además (dicho sea entre nosotros, esto era el fondo de todo aquel regocijo), se iba á presenciar uno de esos dramas vertiginosos en que el espectador, desde el seno de la más perfecta seguridad, ve á uno de sus semejantes en lucha á brazo partido con la muerte y con el destino.

Nada parece más sencillo y á sus anchas que un gallo de hoja de lata girado á todos los vientos en la punta de un campanario; pero lo di-

ficil no es verlo allá, sino colocarlo. Cuando la junta de fábrica se puso á deliberar acerca del modo cómo podrían arreglárselas para dar al gallo reemplazo, entonces entraron los grandes apuros. En vano se registró en el archivo de la iglesia, para saber qué dimensiones habrían de dársele; fué preciso entablar correspondencia con muchos curas de capitales de provincias. Transcurrió un mes en tales preliminares, cuya conclusión fué que el cuerpo del gallo, sin incluir la cabeza y la cola, debía ser de las proporciones de un carnero; que se construiría de zinc galvanizado, de dos milímetros de espesor y unos diez kilogramos de peso; y que en París, con unas señas que les indicaron, se encontraría quien lo construyese.

Quince días después, empaquetado con sumo esmero, desembarcaba el gallo en la casa rectoral, donde, en seguida que lo sacaron de su caja, fué expuesto á la curiosidad y admiración de los fieles.

En los pocos días que duraron sus recepciones, ese avechuecho no se mostró de lo más agradable para con los visitantes: su cresta, recortada en agudos dientes, desgarró con crueldad los labios á un nene que desde los brazos de su madre habíase inclinado para besar la cabeza del pajarraco; su pico rasgó la piel de la frente de una niñita á quien unos chiclelos habían empujado á fuerza de apiñarse á empellones en torno del gallo, para verlo más de cerca; la punta de su cola se enganchó en la sotana del cura y le hizo un siete fenomenal.

¡Cosa que pasma! Hasta los mismos animales parecían sentir, al verlo, una repulsión con mezcla de terror: el perro del señor cura no pasaba por su lado sino gruñendo, bajando torcida la cabeza, y cuando estaba un poco lejos, volviéndose para ladrar; á veces iba el gato á sentarse delante de él, mirábale con extrañeza con sus verdes ojos, se levantaba después, enarababa el lomo erizado y se largaba de allí, trazando en el aire con el rabo á lo zorro fantásticas circunvoluciones. Aquella influencia nefasta había concluido por perturbarle el ánimo al mismo cura párroco, hasta el punto de que un día, con motivo de hablarse acerca de colocar en su sitio el gallo, ese digno sacerdote no pudo impedirse de decir á su primer vicario:

—Escuche usted, mi querido colega, no puedo menos de confesarle que tengo muchísimas ganas de que me quiten de enmedio este feo bicharraco.

Y, ya fuese remordimiento por ese relámpago de superstición, ya funesto presentimiento, miró un instante al espacio, inclinó la cabeza é hizo la señal de la cruz.

Ahora que ya conocen ustedes el lugar de la escena y el prólogo de la tragedia, voy á mostrarles la víctima.

El hombre que entra en este momento en la sala de la casa rectoral, es él: ese es quien va á morir.

¿Qué importa saber quién es, de donde viene, como se llama? Si se quiere es el primero que llega, el artesano que por casualidad se encontró allí en el momento de necesitarse un obrero de su profesión. En fin, repito, es un hombre. ¿No saben ustedes bastante con eso?

Ahí está, tan confiado en su propia vida como puede estarlo usted mismo en la suya propia en el momento en que le hablo. Gorra en mano, escucha con deferencia las palabras del sacerdote, meneando suavemente la cabeza á medida que le explican lo que se ha de hacer, computando con aire reflexivo é inteligente las dificultades y los gastos de su trabajo. Se pasa la mano por la frente; luego, acariciándose la barba, fija el precio de su salario: tanto por las cuerdas, tanto por los ganchos y anillos, tanto por el trabajo....

¿Y por la vida?

El riesgo no se paga; eso es asunto del plomero.

Trato hecho. Saluda sonriéndose y se retira. Va á pasar la puerta.

El buen párroco, presa de una repentina ansiedad horrible, le grita que se detenga, le pregunta con tierna voz si está bien seguro de sus fuerzas y de su valor, si no teme que le acometa el vértigo, si ha previsto y calculado bien todos los riesgos de esta empresa.

El hombre le mira con aire sorprendente, se arremanga para enseñarle los brazos, golpea con la mano los enormes muslos, ensancha el pecho, y, levantando la cabeza, yérguese como un Titán pronto á escalar el cielo.

Llega el momento. El sol ha salido hace dos horas. Refrescado por un buen sueño, restaurado por una sólida refacción, el bravo plomero sube los peldaños del campanario, seguido de dos ayudantes que conducen hasta la plataforma el gallo, la pértiga y el cordaje.

El pueblo en masa de Saint-Vrain, reforzado por la concurrencia de gente de todas las parroquias comarcanas, se agita en compacta muchedumbre al pie de la torre. Gendarmes de centinela van y vienen, con paso cadencioso al redor del atrio, para mantener vacío un espacio, en el

caso de que "alguna cosa" llegara á caer desde lo alto de la aguja. La puerta principal de la nave mayor, que se abre junto á la torre, está condenada. En la iglesia, algunas viejas de corazón intranquilo y compasivo hacen encender cirios y rezan por el hombre desconocido que allá arriba va á exponer su existencia. El cura, volviendo con mano temblorosa las hojas del breviario, se agita en la sacristía, sin atreverse ni á salir para ver, ni á hablar con nadie para conseguir noticias.

De pronto, una especie de rugido sordo y prolongado álzase del seno de la multitud congregada en las calles y plazas: el hombre aparece en la plataforma. Medio atravesado en el hueco de la puertecilla, tira de algo, al parecer; y, en efecto, desarrolla cordeles que pone en líos encima de los bordes del balconcillo. En seguida se le ve enderezar á lo largo de la base de la aguja una pértiga más alta que él; por último, aparece el gallo envuelto en alguna cosa, y lo pone entre el balconcillo y la pared.

Está al pie del chapitel. Un reborde horizontal de media vara de anchura le permite sostenerse allí y andar. Da la vuelta en torno de la aguja y la rodea con un círculo de cordel grueso, cerrado por un nudo corredizo. Por esta cuerda pasan otras dos, que cuelgan y van á atarse la una al gallo y la otra á la percha.

Y al fin parte. De cara á la cubierta, pasa por detrás de los riñones la maroma circular, cuyo nudo corredizo aprieta hasta que le adhiere lo suficiente á la techumbre de la aguja; y entonces, haciendo hincapié con las rodillas y las manos, se alza de costado elevándose un poco á cada movimiento, trazando así la primera vuelta de una espiral que le conduce á la primera piedra saliente de una arista. Una vez allí, fija en ella un gancho sujeto al pecho por medio de una correa de cuero grueso; y, libres ya las dos manos, aprieta el nudo corredizo de la maroma y vuelve á dar vuelta subiendo hasta la segunda piedra saliente.

Durante una hora más larga que un siglo, los desfavoridos espectadores le vieron cuarenta veces aparecer y desaparecer vuelta á vuelta, cada vez más arriba, cada vez más de prisa, siendo más fácil el ascenso conforme disminuía el diámetro de la aguja.

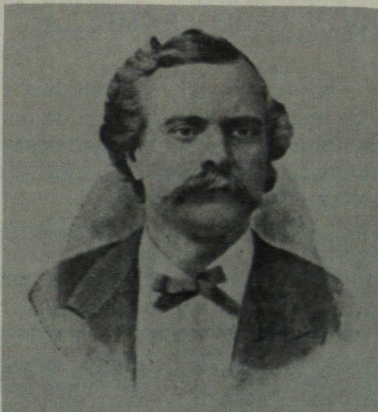
Llegó así á estar con la cabeza á nivel del pequeño rellano circular que sostiene la cruz. Viósele entonces cruzar las piernas alrededor de la punta del chapitel, cuyo estrecho diámetro le permitía este movimiento; y apretando más el cinturón de maroma que le adhería á la cubierta de la aguja, se limpió la frente con la manga y después permaneció inmóvil, con la cabeza inclinada adelante como para resollar un poco. En seguida sacó del bolsillo un frasquete de aguardiente y bebió dos ó tres sorbos.

De entonces acá se ha repetido tantas veces que aquel aguardiente fué la causa de la desgracia. ¿Cómo saber si bebió con exceso, ó no bebió lo suficiente? ¿Quién sabe hasta qué grado de desfallecimiento habían decaído sus fuerzas? ¿Y si tuvo miedo?

Cuando se recapacita en el vigor y la habilidad que le había sido preciso desplegar para subir hasta el punto donde estaba, ¿cómo suponer que un hombre capaz de ese ánimo sobrehumano no hubiese contado las gotas del sudor pero temible licor, con tanta precisión y tanta prudencia como un médico experimentado?

Desde el sitio donde estaba podía tocar sin esfuerzo el pie de la cruz; al cabo de algunos minutos de descanso se le vió mover varias veces los brazos en derredor de las cuatro barras de hierro que la fijan. Había pasado por allí dos ó tres vueltas de cordel, suspendiendo de este apoyo el gancho sujeto al pecho, había cogido dos de los barrotes de hierro, soldado las piernas, y, contrayendo los brazos, habíase izado á pulso hasta ponerse de rodillas en el rellano de la cruz. Entonces, midiendo con la vista la altura de ésta, advirtió satisfecho que apenas pasaba de unos diez pies; y como la pértiga suya era de doce, vió que no tendría necesidad de engancharla más que una sola vez, lo cual abreviaba y simplificaba la última parte de la ascensión. Se puso de pie, pasó una vuelta de cordel por el tallo de la cruz, donde fijó el gancho del pecho, agarró una de las cuerdecitas que colgaban atadas á la maroma y tiró hacia sí de la percha, que hasta entonces había permanecido en la plataforma de donde arranca el chapitel.

Esta pértiga, armada en su extremo superior con un garfio de tres uñas, tenía de trecho en trecho rodetes muy salientes de cuero y alambre de hierro trenzados. El hombre enganchó el garfio de la percha en la flor del ápice de la cruz; y en pocos minutos, merced al gancho del pecho y á los estribos de pizarreo que llevaba puestos en las rodillas, trepó á lo alto de la pértiga como



DON PABLO RAMELLA

si fuese á lo largo de una maroma de nudos, pero con la ventaja de que la percha, rígida y sostenida por la anchura del triple garfio, no se balanceaba.

Pudo deslizarse con facilidad poniéndose un poco de lado, por entre los radios de la flor, la cual, una vez que pasó lo alto del cuerpo, sirvió de apoyo para enderezarse con los brazos; y, por fin, se encontró sentado encima de la flor, con el pecho contra el eje del gallo, varilla que apenas se elevaba dos pies sobre su cabeza.

Se ató con solidez á este vástago: y con ayuda de la segunda cuerdecita, cuyo cabo tenía, izó hasta sí el gallo, que había dejado en la plataforma al pie de la aguja.

Al llegar á este punto de mi relato, no puedo menos de considerar cuán caprichosa es la muerte en sus ejecuciones. Puesto que ese desventurado había de morir, ¿no era más cómodo hacerle caer sencillamente una teja en la cabeza? Pero no; la dama pálida tiene sus antojos, y al paso que coje á unos para adormecerlos en su regazo con dulzuras maternales, condena á otros á no arrancar de ella su redención, sino á costa de mil afanes y de mil fatigas. Estaba escrito que este desventurado había de desquitarse en un solo día de todos los sufrimientos de que le preservara hasta entonces lo humilde de su existencia, y que le sería preciso agotar toda su fuerza y todo su valor para elevarse á la cima de aquella especie de mástil de cucaña, donde estaba destinado á ir á descolgar el premio de su propia muerte.

Ignoro si á músico alguno se le ha ocurrido nunca la idea de escribir las notas del coro de aullidos de una muchedumbre humana transportada por el delirio del entusiasmo. Cuando por fin vieron erigirse aquella figura en lo alto del aire, más audaz aún que el atrevido edificio dominado por ella, frenéticas aclamaciones ascendieron con terrible armonía hasta el infeliz que las promovió.

Eso fué su pérdida.

Hasta aquel instante fatal, en ese humilde corazón y en esa cabeza estrecha jamás había penetrado la idea de que á los ojos del mundo pudiera ser otra cosa que un ave de paso ó una mata de hierba que se pisotea. Y aun allí, á la sazón, en el transcurso de esta peligrosa empresa, cuyo acto supremo iba á realizar, ni uno de sus nervios de acero se había doblegado, ni una de sus fibras se había estremecido, ni una sola vez había pensado en su peligro ó en su valor. Decíase en sus adentros: "duro es el trabajo." Sus pensamientos no iban más allá.

Pero ante la explosión de todas aquellas almas, sus ojos, que nunca habían visto la irradiación de la gloria, sus oídos, que jamás habían escuchado la formidable voz de ella, abriéronse con deslumbramiento y con embriaguez. Desde la altura donde se veía elevado, abarcaba el cielo, dominaba la tierra, y los millares de hombres que se rebullían y gritaban á sus pies parecíanle menores que hormigas. ¡El, que hasta entonces no había conocido sino la miseria de la humanidad, comprendía de repente su grandeza, y sentíase revestido de toda su majestad! ¿Qué podía hacer el pobre hombre contra este entusiasmo, cuyos ecos giraban en torbellino en derredor suyo como un vértigo?

Vieron que se bajaba, le vieron sentarse en la flor, ponerse el gallo en las rodillas, quitarle algunos trapos con que lo había envuelto para preservarlo de los choques, y luego llevándolo

en una mano, y agarrándose con la otra al vástago, plantarse de pie. Bajándose entonces un poco, levantó con un hombro los restos del antiguo gallo, que callaron rebotando con estrépito á lo largo de la flecha, y fueron á detenerse en la crestería de la techumbre de la iglesia. Y entonces, cogiendo el gallo por la cola, lo introdujo en el eje destinado á sostenerlo. Se bajó de nuevo, dióle movimiento giratorio, y un grito del gentío saludó la primera vuelta que acababa de dar el nuevo gallo del campanario.

Ya no le faltaba al infeliz más que descender. Dejándose escurrir primero por la cruz y en seguida por la pértiga, encontraba en la punta de la aguja los cordeles que le habían servido para izar la percha y el gallo; entonces no tenía que hacer más que dar una vuelta de cuerda á cada pierna, y deslizarse hasta abajo cómodamente apoyado de espaldas en la cubierta del chapitel. En tres minutos, á lo sumo, estaba en la plataforma.

Pero ese grito, ese grito de triunfo exhalado por la multitud, le arrancó lo que de razón le quedaba.

Un impulso de orgullo, grosero como él mismo, espantoso como el valor que acababa de mostrar, le inspiró la loca idea de superar todo lo que hasta entonces le habían visto hacer, con un rasgo de audacia aún más increíble.

Montó á horcadas en el gallo, y dando un vigoroso empuje de riñones, lo puso en movimiento.

Al ver el gentío aquella tremenda locura, detúvose mudo é inmóvil, suspenso el corazón, entreabiertos los labios, mirando girar y girar y más girar el gallo.

Pasó un minuto; pasaron dos.... tres.... cuatro.... cinco minutos.

El gallo giraba.

El hombre, que al principio había hecho saludos con la gorra, estaba á la sazón inclinado adelante, estrechando entre sus brazos el pescuezo del gallo. Trató de pasar atrás una de las piernas por encima de la cola; pero, sea que estuviese farto ya de sangre fría, sea que el obstáculo fuera demasiado alto, no pudo conseguirlo. Alargando las piernas, intentó otra vez alcanzar á la flor de la cruz, pero agitóse vanamente en el vacío; preciso es creer que había tomado un poco de impulso para montar, porque no tocaba ninguna cosa con los pies. Le vieron engancharlos uno al otro por debajo del vientre del gallo.

Y entonces el hombre se enderezó, abriendo los brazos y extendiéndolos con un ademán supremo de orgullo.

Permaneció así.

Y el gallo giraba siempre.

A medida que se prolongaba aquella escena vertiginosa, producíase poco á poco agitación entre la muchedumbre. Mirábanse unos á otros, se daban con el codo, no se atrevían á hablar. Algunas mujeres comenzaban á hacer la señal de la cruz, otras á desmayarse. Al fin se oyó un grito penetrante: era una moza que se caía de espaldas, presa de un ataque de nervios. Al instante, como si hubiese una comunicación eléctrica, otras varias mujeres cayeron con idéntico accidente; lloraban los niños, y muchas gentes, enloquecidas, extraviadas, echaron á correr gritando, sin saber lo que hacían ni lo que decían.

Trascurrió lo menos un cuarto de hora largo. A la postre, habíase detenido el gallo; pero se veía con espanto al hombre inmóvil siempre, con las piernas enganchadas entre sí y con los brazos abiertos. Alguien dijo que era menester ir á avisar al señor cura, el cual continuaba en la sacristía esperando el término de la operación.

Ante todo, probó á tranquilizar á los que le hablaban; pero el corazón le palpitaba ya muy fuerte, cuando salió á la plaza para ir á darse cuenta por sus propios ojos de lo que sucedía.

No habiendo sido testigo del comienzo ni de la duración de la escena, no quedó tan impresionado como los espectadores. El hombre estaba tan aplomado, su ademán era tan claro y firme, que por necesidad era preciso ver en aquella prolongada postura un alarde de valor llevado hasta la exageración. Así habló el párroco; pero al decir esto, sentía llenársele de espanto el corazón, é hizo rogar al médico que le enviase un antejo de larga vista que el profesor tenía, y que viniese....

Pocos minutos después, colocado en su trípode el antejo, se asestaba á la punta de la flecha de la torre; y al mirar el médico por el ocular para graduar el instrumento óptico, dió un salto atrás y un fuerte grito.

Al oír el grito, precipítase el sacerdote y mira á su vez.

En el círculo negro del objetivo, destacándose sobre el fondo claro del cielo, se veía al hombre, tieso é inmóvil como una estatua. Contraída por una risa horrible su cara verde, con dos chapas negruzcas en las mejillas, dejaba ver la punta de la lengua cogida entre los dientes puestos al descubierto; los ojos, abiertos hasta más no poder y fijos, estaban vueltos hacia arriba y sólo se veía lo blanco de ellos.

El cura, con el cuello alargado y los dedos separados, permanecía con el ojo puesto en el ocular del anteojo y como petrificado de horror. Pero era un hombre en quien dominaba el sentimiento de sus deberes de sacerdote y rechazaba toda debilidad humana. Se postró de rodillas, y alzando al cielo los brazos abiertos y los ojos llenos de lágrimas, exclamó sollozando:

—¡Dios mío, inspírame lo que debo hacer para salvar á ese cristiano!

Habíase formado un corro en torno suyo, pero á distancia y cual si no se hubieran atrevido á acercarse. El cura paseó la mirada por el rostro de todos aquellos hombres, quienes, con la cabeza baja y los ojos dirigidos al suelo, parecían abrumados por el peso espantoso de la fatalidad. Por más que habló y lloró y gritó, vióse bien pronto obligado á reconocer que aún cuando, por caso imposible, se encontrase allí un hombre capaz de tratar de subir á lo alto de la aguja, una vez que llegara junto al infeliz, no podría prestarle ningún socorro sin estar infaliblemente seguro de verse precipitado al abismo, al menor cambio de sitio de aquel cuerpo. Por otra parte, allí no había que pensar en una escala: no hay escalas de cien pies de longitud. En cuanto á hacer un andamio, hubiera sido preciso ir á buscar los materiales á la ciudad próxima, lo cual requeriría dos días por lo menos, y serían necesarios siete u ocho para instalarlo.

Cuando, por fin, se convenció de que nada podía esperarse de los hombres, dirigiéndose al médico, le dijo el cura:

—Vive aún?

—Quizá—respondió el médico.—Si no ha muerto de repente por apoplejía ó por síncope seguido inmediatamente de rigidez cadavérica, para que permanezca enganchado así por los pies, necesario es que se halle en estado de catalepsia.

—Sé lo que queda que hacer—dijo el párroco.

Y habiendo hecho señas á tres ó cuatro hombres y al médico de que le acompañasen, se encaminó á la sacristía. Poniéndose sobrepujé, alba y estola, les anunció que quería subir hasta la plataforma para enviar desde allí al moribundo la absolución *in articulo mortis*, y les rogó que subiesen con él para asistirle y sostenerle.

Por último, se le vió aparecer en el balcón de la plataforma. Con el ritual en una mano y dando con otra la bendición, con el cuerpo abalanzado al espacio y las alas de su sobrepelliz agitadas por el viento, parecía un ángel pronto á volar al cielo.

En ese momento sublime, la multitud cayó de hinojos; y mientras el sacerdote enviaba al agonizante el postrer adiós del cristiano, oíase elevarse desde abajo, mezclado con el doblar de las campanas, un murmullo de oraciones y de sollozos.

¿Qué tengo ahora que añadir? Hacia la tarde, algunos cuervos empezaron á revolotear dando vueltas en torno del campanil. Al día siguiente se vió posarse dos ó tres y dar picotazos. Bien pronto acudieron de muy lejos los buitres, desde la montaña.

Cuando la noticia de este pavoroso acontecimiento llegó á la cabeza de partido, decidióse que era menester armar un andamio para ir á bajar de allí aquel pobre cadáver. Pero cuando, después de largas formalidades, se hizo el presupuesto, se vió que costaría ¡diez mil francos! El departamento era muy pobre. El asunto quedó, como suele decirse «enterrado» en las oficinas.

El gallo no da vueltas. Ha perdido su aspecto: proyecta sobre el cielo indefinibles perfiles, que cambian conforme el soplo de los vientos fuertes, arrancan algún jirón de los mortales despojos con que aún está cargado.

Ya no gira. . . . Sea que el agonizante lo haya torcido en una de sus últimas convulsiones; sea que la sangre haya obstruido el eje al correr por las heridas abiertas por el pico de las aves de rapina, dícese que así ha de quedar hasta la consumación de los siglos, inmóvil como las piedras de la iglesia donde está sujeto.

EUGENIO MOUTON. (*Merinos*.)

BAJO RELIEVE

Á RUBÉN DARÍO

En medio de los hombres, amada, dulce y bella Cruzaba como un alba, como un radioso ensueño. Después su rojo labio dejó de ser risueño, Y semejaba, pálida una enfermiza estrella.

Las puertas de un convento cerráronse tras ella Era todo lo humano, para su amor, pequeño; Y hoy se abre ante sus ojos el mundo azul del sueño, Y finje que su planta ya el Paraíso huella.

Lejos del mundo triste donde el dolor es austro Su alma es incensario, y aquella flor del claustro Derrama en torno suyo de santidad perfume.

Cerrado para siempre su oído á la lisonja, De rosas y de lirios niega el altar la monja Y en éxtasis, orando, su vida se consume.

ISMAEL HENRIQUE ARCINIEGAS.

DON PABLO RAMELLA

EL COJO ILUSTRADO cumple hoy el deber de incorporar á su galería de hombres honrados, útiles y benefactores de la humanidad, el retrato del señor don Pablo Ramella.

Nació éste en La Gran Canaria en 1832.

Vino á Caracas á la edad de 14 años.

Estableció la Panadería de Las Gradillas en 1852, y 30 años más tarde el primer aserradero de maderas en Caracas.

Fundó una familia honorable. Ahí tenemos á sus hijos Antonio y Lucas, gala de la sociedad caraqueña.

Ramella compartía con el Hospital de Lázaros, El Asilo de Huérfanos, todas las sociedades de beneficencia y un buen número de familias pobres de Caracas, los proventos de su infatigable labor.

Fué víctima del trabajo. Murió de un accidente el 25 de Febrero de 1885.

“Cayó de una grande altura, ocupado en su honrado trabajo; pero conserva y conservará siempre aquella á que le elevó el concepto público por su honradez y sus virtudes.”

Los Directores de EL COJO ILUSTRADO rinden tributo de respeto á su memoria.

EL PUDOR

AL ILUSTRE POETA JOSÉ ANTONIO CALCAÑO

He visto tu *Pudor*, bardo sublime:
Sólo el que pone Dios sobre la frente
De la doncella casta é inocente,
Belleza tanta á la virtud imprime.

Allí admiro á Beatriz: combate y gime
Por no decir á Arturo lo que siente,
Y muriendo de amor, su labio miente;
Pero el pudor la premia y la redime.

Tú también al aplauso te sonrojas;
Mas él te busca, soñador poeta,
Y revuela adornado con tus galas,

Como el aura gentil que entre las hojas
Va á arrullar á la púdica violeta,
Y perfuma, tocándola, sus alas.

J. A. PÉREZ CALVO.

Caracas: septiembre de 1893.

VIAJE DEL ALMA

Á PEDRO P. MONTENEGRO

Rendido á la fatiga
de la lucha tenaz por la existencia
en mis trémulos párpados la esencia
que las penas mitiga

el sueño derramó..... mas de improviso,
del cuerpo huyendo la profunda calma,
los invisibles ojos de mi alma
se abrieron á la luz de los recuerdos.....

y ya no estaba ausente
de la ciudad que duerme á los rumores
del que cifre sus pies, grandioso río.....
y del paterno hogar toqué á la puerta
y nadie respondía.....

y pasé los umbrales y á la incierta,
pálida luz de la estrellada noche
contemplé la morada que fué un día
albergue del placer y la alegría.

A mi presencia el Genio de las sombras
con vara de dolor tocó los muros,
y los sentí crujir, y vibró el aire,
y llegaron á mí los gemidos
ecos de los lamentos y clamores
que allí vertieron de dolor transidos,
carísimos amores:

pobres hijos de súbito lanzados
al golpe atroz del infortunio cierto
de la horfandad en el glacial desierto.....!

Y mi espíritu herido,
ave que torna al nido
que borrasca traidora
dejó sin el calor vivificante
del ala protectora,
quiso lanzar un grito penetrante
de terrible aflicción; pero al instante
yo me dije: “silencio!
que no se turbe el sueño de los seres
que al anunciar el alba nuevo día,
del ángel del hogar que los bendice
con placida alegría”

Y atrás dejando la mansión sagrada
llegué al postrero domicilio humano,
besé el sepulcro de mi madre muerta,
y de rodillas lo besé mil veces.....
Suspiraba la brisa en los cipreses
que cobijan las tumbas solitarias:
brillaban las estrellas
como lámparas tristes, funerarias,
y desatóse mi dolor intenso
en un raudal de lágrimas inmenso!....

Y luego desperté: pobre mi alma!
en el mundano ruido, ó en la inerte
quietud que el sueño de la tumba fría
semeja, en lucha ó calma
igual es su martirio, igual su suerte,
desde que al fondo oscuro de la muerte
cayó la Madre mía!.....

Villa de Cura: marzo de 1893.

FÉLIX MONTES.

LEYENDA HISTÓRICA

POR PEDRO MANRIQUE

Á MI AMIGO SEÑOR JUAN J. BRECA

(Conclusión)

Solos ya, dadas disposiciones para reparar los desperfectos y reunidos en familia empiezan los comentarios y las hipótesis á cual más descabelladas é inconsistentes.

En casos semejantes como de ordinario, la zoga quiebra por lo más delgado y tal sucedió. En una casa mercantil el Cristo es el dependiente; en una casa de familia el Cristo es la cocinera y como en ésta la mayoría de los testigos y jueces se compone de mujeres y éstas sentencian sumariamente, sin juicio previo, todas á una pronuncian la suya y condenaron, interesadas en huir su responsabilidad, á la infeliz é inocente Anaclea que por solazarse esa noche con su novio y por no confesar su mujeril debilidad no podía presentar la ausencia como prueba concluyente de su incupabilidad; por tanto oyó negruras, quedó anonadada y cargó, por conservar su honor, con la mancha de una falta que no había cometido.

Durante todo el debate solo Don José callaba y meditaba preocupado como quien busca en una quincalla oscura entre un millón de cachibaches un anuelo número 14 cuya existencia conoce, pero cuyo paradero ignora en el momento. Nadie le hizo abrir los labios; ni afirmaba, ni negaba; ni sostenía, ni atacaba; y Anaclea lo veía con pertinaces ojos y en su fisonomía leía que él no la condenaba y que con ella buscaba en la noche del pasado la solución del misterio.

La una sufriendo, el otro meditando y aquellas empecinadas en su juicio pasaron dos días; Don José montó á caballo, fué á H....., se entendió con el cacique; regresó á la hacienda; tras de él pasó una comisión armada que se apoderó ilegalmente de Andrés y sin declaración, sin testigos, sin sumario siquiera lo condujeron á la cárcel de H..... y luego lo embarcaron preso para la capital del Estado con una simple carta del General para el otro General en que le decía que el reo era malo y que no le convenía en su jurisdicción.

Llegó un día en que el juez haciendo una visita de presos se tropezó con Andrés y le preguntó:

—¿Quién es usted?

—Señor, yo soy Andrés.

—Y su crimen ¿cuál es?

—Yo no sé, señor! yo estaba en mi casa y una partida de soldados me cogió, me amarró, me llevó á la cárcel de H..... después me embarcaron y aquí estoy.



LUISA G. CALDERON

—Alcalde, dice el Juez, ¿por qué está este hombre aquí?

—Yo no sé, señor; el General lo mandó en tal fecha.

—Secretario, repite el Juez ¿ha visto usted la causa de este reo?

El Secretario sacó un papel, leyó la relación de las causas en curso y en ella no estaba la de Andrés. . . . Mientras tanto Angela sola, triste y sin amparo y sin pan y rechazada por la familia de Don José sufría todo género de amarguras; soñaba despierta y dormida con su marido y si procuraba su conservación era únicamente por los reclamos de un próximo hijo y por la esperanza siquiera remota de presentarlo algún día á su desgraciado padre.

El General de H. . . no se acordaba de Andrés, el General Presidente del Estado no conservaba la carta de remisión del reo; éste no contradecía su declaración y su defensa, si le hacían cargos, era siempre la misma *Yo no sé*; no había denunciantes, no había testigos, por tanto no podía haber sumario, ni causa, ni sentencia. . . . y en H. . . se modificaban favorablemente los juicios contra el Dr. M. . . . y la verdad de todo se refería á Dn. José ¿quién produjo tan absoluto cambio? ¿quién levantó el velo de aquel misterio, quien absolvía al sacerdote honrado y grababa inri de calumniador, seductor de doncellas y verdugo de maridos á Don José?

¿Era el Cura, era Angela, era Andrés, era por último aquella cocinera Anacleto á quien atribuyeran sus amas la causa del incendio?

No lo sabemos, pero íntimos amigos del Cura con prueba dada, jamás nos habló sobre el asunto y nos atrevemos á asegurar que si perseguido no faltó con nosotros á su deber, tampoco depositó en ningún otro el secreto; el propio decoro amordazaba á los esposos y si como es cierto que el marido es el último que conoce los deslices, faltas y coqueterías de su mujer y que la honra de las familias se va por la chimenea de la cocina, nos creemos inclinados á suponer que fué la cocinera. ¡Lector que tienes esposa, que tienes hijas ¿creerás tú con nosotros? Pero en todo caso ten presente que la honra de la casa se va por la chimenea de la cocina.

Meses después Angela tuvo su hijo y á poco la sorprende Andrés que libre de la prisión, por falta de causa lo echaron de la cárcel en un cambio de gobierno por no darle quizás el real de la ración.

¡Cuánta alegría en el encuentro! cuántas caricias al hijo del proscrito, cuántos nuevos juramentos de amor y lealtad se repitieron otra vez aquellos dos infelices que en su unión no tenían más tesoro, ni más goces que afecto y lágrimas en el corazón. Durante la ausencia de Andrés, Rosa, la tierna Rosa, se casó con un pariente cercano, indigno, por su vulgaridad y falta de educación, de cultivar en su huerto, arbusto tan delicado y fijaron como Andrés su residencia en B. . . . su marido tenía un campo donde pasaba la semana; en tanto Rosa vivía con una mujer que la servía.

Allí la encontró Andrés y aunque era de todos sabido que Don José era el gestor de su prisión, él encerrado en su impenetrable discreción ni en sus actos, ni en sus palabras dejaba traspirar su justo resentimiento; esquivaba toda alusión; trabajaba con ahínco; quería á Angela; acariciaba su hijo y se contentaba aparentemente para su felicidad, con el pan y el amor que con ellos dividía.

Se disipaban las brumas del invierno, bajaban las aguas de los ríos, se oreaban los caminos y en B. . . . se disponían á celebrar la fiesta anual de la patrona. El día se acercaba; las noches eran oscuras; todos se preparaban para la fiesta; se reunían provisiones; se perseguían las aves de corral; se llenaban de cachapas las maracas; se templaban los tambores; se reparaban los *cincos* y las décimas místicas, copiadas en caracteres medio hebreos, pasaban de una á otra mano á los cantadores de los futuros joropos.

Rosa dormía en las altas horas de la noche, ausentes en la hacienda su marido y la sirvienta,

ésta quizás en algún ensayo de baile; la calle del caserío estaba oscura como la boca de un lobo; el silencio era sepulcral; ningún viviente la cruzaba y apenas si por intervalos se escuchaba el ladrar de algún perro del vecino conuco.

Serían las dos ó tres de la madrugada y una sombra cosida á las paredes seguía la calle; se acercaba á una ventana de la casa de Rosa, fracturaba un balaustre, saltaba como un gato y penetraba en aquel santuario en que una bella y joven mujer cuidaba con sus puras virtudes la honra de su marido.

Con paso vacilante, como ladrón que desconoce el terreno pero con decidida y férrea voluntad, aquella sombra que era un hombre se dirigió al dormitorio de Rosa, busca la cama en que duerme, tienta su delicada cabellera, olfatea cual hambrienta fiera, siente correr en sus venas sangre que hacen hervir á una, venganza y voluptuosidad y se lanza sobre ella como una hiena sobre el cordero descarriado en el desierto distante del redil. . . .

Caerle encima, amordazarla, luchar con su débil presa fué todo uno; no hubo lugar á la sorpresa, ni al miedo! . . . ella no podía tener conciencia de su propia existencia, tierna paloma sorprendida en su sueño por la afilada garra de alevé gavilán.

¿Qué ocurrió luego? . . . El y ella sin duda lo sabrán. . . . lo que nosotros aseguramos es que ella no conoció á su agresor ni imitó la heroica acción de la mujer del romano Collatino. . . .

Cuando huyó aquel hombre encarbonado, cuando aquella sombra del Averno se hubo evaporado, cuando le volvoieron sus perdidas facultades, cuando sintió la gelidez del miedo y recordó aquel pavoroso instante de su vida y á tientas alcanzó un fósforo é hizo luz encontró su cama revuelta, las almohadas en el suelo, desgarrada la bata que vestía y su cuerpo mórbido, blanquísimo y delicado amoratado, magullado y sangriento dió un grito de horror, perdió el sentido y rodó como cuerpo muerto sobre el paviueto.

Tan meditado, tan estudiado, tan bien ejecutado fué el ataque que aquella lucha que honor y venganza sostuvieron en la lobreguez de un dormitorio no fué por alma viviente percibida; el sol volvió á lucir sus rayos de oro sobre el misero caserío y todos sus vecinos ignoraban el horrible atentado!

Cuando Rosa volvió en sí se sentó al borde de su lecho y se contemplaba en silencio viendo su lastimado cuerpo y dejando correr por sus mejillas dos raudales de lágrimas, triste manifestación de su vergüenza y de su impotente desesperación. Como otro *ecce homo* estaba con su mano en la mejilla, los pies desnudos, el brazo derecho descolgado y fijos sus ojos en el suelo cuando oyó los golpes repetidos que á su puerta daba la sirvienta llamándola al desayuno; levantóse ligera, vistióse al instante para ocultar su situación, abrió como de costumbre sonreída, tomó una simple taza de café; sentóse á una mesa, escribió dos cartas de igual contenido y al primer peón que pasó le dijo: "volando, lleva esta carta á mi padre" y al segundo "corre y entrega ésta á mi marido." A ambos les decía: "sin demora corran aquí que me hacen falta; indefectiblemente los espera en el término de la distancia. —Rosa."

Una hora después Don José ataba su mula á la ventana; entra, llama, penetra al dormitorio y la encuentra en su cama en el mismo estado que horas ántes cuando tocara á su puerta la sirvienta. . . .

Herido de estupor se detiene el padre en el dintel y grita ¿qué tienes, hija mía? ¿qué te pasa que ante mí apareces en tan misero estado? habla por Dios que no acierto á comprender el misterio que nos rodea, la persecución sorda que me hacen; ni alcanzo á tocar la mano alevé que de todos modos me hiere, ayer en mis intereses y hoy. . . . y hoy (vacilaba en decirlo) y hoy hasta en el honor de mi familia. . . . y se golpeaba á un tiempo con ambas manos su ya cana y escasa cabellera. . . .

A esta justa expansión élla se le echó encima; los estrechó compresivamente entre sus brazos; apoyó en el hombro su cabeza y lo bañaba, entre angustiosos sollozos, sin decir palabra, con el río crecido de sus lágrimas. . . . y él también lloraba. . . .

nada sabía, pero todo lo presentía y en su corazón de padre ofendido sentía mezclarse con la sangre que afluye á su cerebro el ajeno del dolor y la hiel de la venganza. . . .

Oh! tú, Lysippo, genio sublime que en tu inmortal Laocoonte hiciste llorar, á la mordedura de venenosas sierpes, la piedra blanca, joya preciosa que guarda en su cortile el estupendo Vaticano ¿dónde estás? ¿por qué no se mueve tu célico cincel y copias otra vez á lo vivo el dolor, la vergüenza, el pudor, la rabia, la desesperación, y la venganza que rebozan en el corazón de aquel padre culpable, pero padre, y aquella hija virtuosa é inocente? . . .

Cuando llegó el marido sus brazos soltaron al padre para enlazar al esposo y nuevamente dar sueltas á sus lágrimas. . . .

En tanto Don José monta su bestia, le aplica los acerados acicates, echa á correr por el frágil camino pasa por su casa y no entra, corre como un loco, vuela y no se detiene hasta llegar casa del conocido General en H. . . . para que otra vez le ayude á realizar su venganza.

Refiere con los colores del hombre ofendido el sangriento insulto y sin antecedentes, sin pruebas, sin sombra de verdad fijase otra vez en Andrés, exige no ya la prisión sino su muerte y ofrece y llora suplicante; le conceden el castigo del indio miserable, canalla, criminal que á deshoras de la noche se ha atrevido insolente á tocar con mano inmunda las ebúrneas carnes de su hija. . . .

Ante su exaltación necesario fué para calmarlo y despedirlo la oferta de la muerte. . . . ante la palabra empeñada, ratificada con amistoso apretón de manos, descargado ya de tan enorme peso con el dulce sabor de su próxima venganza. vuelve Don José, caballero en su mula, á su hogar para neutralizar en su familia la justa inquietud que le dejara su inesperada partida. . . . la esposa y los hijos que ya sabían la ocurrencia viéndolo abatido, pálido y desencajado, si cariñosos, lo contemplan con lastimosa compasión. . . . ¡pobre papá! se decían en voz baja cuando estaban solos pues á él nada se atrevían á insinuarle.

Entrada la noche vieron pasar veinte hombres armados que á la orden de un sicario del General iban á B. . . . según Don José á llenar su deseo, á quitarle de encima un enemigo irreconciliable que si débil en apariencia, era potente por su tenacidad y á la ley intangible por su sistemática discreción. . . . todos dormían en su casa, solo él velaba desde una ventana y no se recogió hasta que pudo cerciorarse á vuelta de la comisión que Andrés amarrado con toda seguridad iba derecho camino de la eternidad. . . .

En efecto, llegados á B. . . . cercaron el rancho, hiciéronlo abrir y de los brazos de Angela lo arrancaron nuevamente sin que los conmovieran ni las lágrimas, ofertas, súplicas de la mujer desgraciada, ni los gritos y llanto del hijo desvalido que llevaba en sus brazos ¡qué crueldad! ¡qué hienas!

Llegan á H. . . . el pobre Andrés se vé en el calabozo, se toca, se palpa y á cada paso se pregunta ¿soy yo? ¿estoy vivo? ¿no me han matado? y por qué estoy aquí? ¿quién me persigue?—Don José?—y por qué cuando yo soy su víctima?—Angela seducida, yo prisionero ya dos veces, mi honor de hombre, mi dignidad de esposo ofendido ¿no son delitos que Dios y las leyes deben castigar? y él está libre y yo estoy preso; por qué? porque él es Don José y yo soy Andrés, el indio Andrés,—porque Dios si lo tiene, preside su tribunal en el cielo y las leyes las hacen siempre los Señores, los Dones para proteger á los fuertes y dominar y agovar en todas partes y á su antojo á los débiles.

Cuando salía de estas meditaciones su alma volaba al rancho para llevar bajo sus alas amor, té, esperanza á Angela, la pobre, la desamparada Angela! y besos y caricias á su hijo huérfano y desamparado. . . . pero nada quebrantaba aquel corazón de hierro; ni su perseguidor, ni su cómplice protector, ni sus sicarios armados, ni sus carceleros, ni Angela, ni su hijo, ni nadie, nadie le vió llorar jamás.



DON JOSÉ ECHEGARAY

Corazón de hierro templado en el crisol de la desgracia estaba destinado á morir como mueren los mártires de todas las causas con la fe de sus creencias, con la esperanza de un más allá en que han de encontrar seguras compensaciones.

Días después con gran sorpresa suya se encontró á bordo y luego preso en la capital como la vez anterior y aquí volvióse á encontrar con los mismos hombres, el mismo juez, el mismo alcalde quienes á su vez se hallaban en idéntica situación respecto de él sin denuncia formal, sin sumario sustanciado, sin causa abierta, por tanto, y con un reo á quien nadie por nada lograba desencastillar de su impenetrable *yo no sé*.

Y con su mismo sistema, su incontrastable discreción, sin inculpación de nadie y sin producir una queja consiguió segunda vez el mismo resultado, se cansaron de él, lo soltaron y voló á B..... á gozar en el seno de su fiel, constante y trabajadora Angela de la fresca sombra que siempre le ofrecía en el desierto amargo de su vida el único árbol amigo que su triste suerte le había deparado.

Volvióse como siempre tranquilo y reposado, respetable en su silencio, á su humilde trabajo; á reparar su rancho abandonado, á desmontar su conuco, á confiarle nuevo grano y á sudar su pan escaso; á idolatrar á su compañera y á gozar con las sonrisas, los pinicos y balbuceos de su tierno hijo que próspera Providen-

cia le conservaba sano, gracioso y robusto..... así vivió algunos meses, los mejores de su vida; las pascuas se acercaban y los galleros que tanto abundan en nuestros campos acondicionaban sus respectivas *cuerdas* y se halagaban con soberbias peleas. Por desgracia suya Andrés también era gallero y aunque sin cuerda él ayudaba á los amigos que lo buscaban y ora afilaba las espuelas, ora recortaba las alas, ora asistía á los topes y era por tanto persona en la futura lid que se preparaba.

Viene la noche buena; las hallacas menu-dean; la conserva de lechoza desborda de las cazuelas; algún pavo gordo no alcanza á Navidad; los joropos no escasean; Andrés comparte el placer; Angela, tanto tiempo sumida en hondo duelo lo acompaña complaciente y todo hacía esperar á aquella humilde pareja que su mala estrella se había ya puesto y que rayaba al fin el sol de su, por tanto tiempo, perdida felicidad.

Buena efectivamente fué aquella noche inolvidable, por rara, en la cual no faltó ni la *misa del gallo* tan simpática, alegre y concurrida en nuestros sencillos pueblos.

Volaban contentos á su rancho cuando los arboles rosados de la mañana comenzaban á matizar las cimas elevadas de los cerros; el río rodaba tiernamente sus ondas cristalinas; los arbustos de la ribera rientes de verdor inclinaban hacia el suelo sus artísticas copas agoviadas bajo el peso de las perlas del rocío; las flores de pascua, en

extensas alfombras, bebían en sus azules cálices los rayos del sol naciente; las *turcas* con amorosos arrullos escondían juguetonas sus cabezas bajo sus alas de armiño; el padre de la luz tendía sobre la tierra su manto de escarlata y la naturaleza toda vestía sus más ricas galas para saludar el día en que veinte siglos atrás viniera á confundirse, en obra de redención, con la familia corrompida del Edén el hijo de María, el Dios-hombre.

En P campo cercano estaba la gallera; el camino corría al frente de la casa de Don José; desde la mañana se veían pasar hacia P..... grupos y grupos de hombres y mujeres y muchachos cargados con sacos de gallos y entre aquéllos iba también Andrés.

Juntos fueron todos á la gallera y todos á cual más gozaron á sus anchas de un placer con tanta anticipación preparado.

Los gallos en el circo probaron su fiereza; los hombres, su crueldad, desgañándose con sus apuestas al *giro*, al *zambo* y al *pataruco*: unos perdieron, otros ganaron; las mujeres bailaron con sus campestres donceles; los muchachos jugaron al boliche, comieron frutas y golosinas, todos bebieron guarapo fuerte y no pocos saborearon el conocido *lava-gallos*, único licor posible dada la escasez é incipiente del lugar.

Sería la del Ocaso cuando se oyó la distante campana de la hacienda vecina tocando el angelus y aquellas pobres gentes tornaban á su hogar.

Angela en el dintel de su rancho las veía pasar y á todos preguntaba por Andrés.

—Ya viene, no demora, él se venía con nosotros cuando salimos, le contestaban todos..... pero dan las ocho, las nueve..... las diez y Andrés no llegaba todavía.....

Argustada ya con tan extraña tardanza y con su hijo al cuadril sale á informarse; hace comprender su alarma y procura compañía para buscarlo. Se reúnen parientes y amigos, se arman de garrotes, se proveen de hachones y faroles, se llevan consigo algunos perros y vánse por camino y por veredas registrando de puerta en puerta, buscando noticias y..... la noche avanzando pasó sin resultado..... Amanece, vuelven á B..... se espere la noticia de la desaparición; se hace del asunto cuestión local, todos los convecinos se hacen parte, se organizan partidas, se emprende una batida general y en pesquisa constante corren tres noches y dos días..... y nadie duda de su muerte y Angela no come, no vive y se desespera y todos sospechan un crimen perpetrado por primera vez en el caserío y á una y de común acuerdo se proponen descubrirlo.

Para descubrir aquel crimen no bastaba el acendrado amor de una mujer, ni los presentimientos del corazón, ni el interés de la parentela; ni la exacerbación de un pueblo inculto, ni el olfato del perro. Se necesitaba el ojo penetrante del Zamuro que cerniéndose en manadas en el espacio, dominando cerros, valles, quebradas y arbolados denunciara su horrible crueldad.....

En efecto, una manada de esa negra policía, navegantes aereos, que con vuelo majestuoso giraba á poca altura sobre profunda hondonada encerrada entre dos ásperas cuevas destacaba frecuentes exploradores del terreno y tan seguidos eran que llamaron la atención..... los siguieron pues por breñas, malezas y peñascales cuando á poco grita la *mosca* ó descubierta avanzada con grito de rabia y de estupro—aquí, *aquí* está.....

Corren todos jadeantes al punto indicado y á su natural alegría por el encuentro dió lugar á una extortora exclamación de horror!..... ¡Qué ven! un saco que desgarran con afilado pico los voraces zamuros.....

Se acercan..... ¡qué fetidez!..... abren y encuentran..... los miembros desarticulados de un cadáver en disolución.....

Andrés, gritan unos..... maldición! gritan otros y se lanzan todos sobre aquel saco.

En tanto Angela desgrefiada, hundiéndose, loca, rueda sin sentido por el suelo, los parientes y los amigos lloran y todos rivalizan por recoger aquellos restos para darles sagrada sepultura buscando al mismo tiempo en su mente una vislumbre de luz que aclare las tinieblas del misterio.....

Todo era comentarios, todo divagaciones, todo

una sospecha terrible que nadie adelantaba..... y con tético silencio emprenden su regreso á B.....

Adelante iba Andrés, hecho pedazos, en hombros de la amistad; detrás Angela en los brazos de la desesperación y todos los seguan en patética procesión, unos llorando, otros gimien-do con un volcán de brava en el corazón.....

Llegan al fin, circula la noticia, se llena el rancho, se aglomera el pueblo, vacían el saco horrible, sepultan el contenido y ya rendida la piadosa tarea, cuando botaban el saco fatal un curioso lo volteó y la marca J. A. denunciaba al matador.....digitus Dei !.....

El afecto busca la víctima, los zamuros descubren su cadáver y Dios indica por modo irrefutable á su cobarde asesino.

Sí. Don José..... Don José Aucizar exclaman todos, el seductor de Angela, el calumniador del Doctor M.....el asesino de Andrés.....

Y aquellas honradas gentes se conmueven, y lanzan horribles amenazas y crece la rabia y la venganza grita con su voz verde-bilis y Don José amedrentado huye á buscar amparo en H.... y la autoridad le dá fuerza armada que á deshoras de la noche lo traslada con su familia al Estado vecino y lo salva de las iras de un pueblo justamente ofendido.....

Las malas lenguas aseguran que Don José murió loco en G.....Angela se eticó; el Cura quedó proscrito y la autoridad..... el General..... el cacique..... tiene todavía influencias en Caracas, amigos en los Gobiernos é impone terror en H.....(*) y sigue matando y amparando seductores y asesinos.....

Soberbia justicia.....Tú también has botado clnicamente la vergüenza!.....

EL CREDO DEL AMOR

CUENTO

Ese había sido siempre su ideal: ser la mujer de un poeta..... Pero el implacable Destino, en vez de la existencia romántica y febril que ambicionaba, le arregló una vida dichosa y muy tranquila, casándola con un rico rentista de Auteuil. amable y dulce, un poco viejo para ella, y que sólo tenía una pasión — completamente inofensiva y pacífica: — la horticultura. El bueno del hombre pasaba el tiempo, con la podadera en la mano, en cuidar, en hacer frondosa una colección de rosales, en caldear la estufa, en regar los arriates; ¡y vive Dios que convendrís en que para un corazoncito hambriento de ideal, todo eso no era bastante! Sin embargo, durante diez años seguidos, su vida se mantuvo rígida y uniforme, como las alamedas enarenadas del jardín de su marido, y la subió por sus pasos contados, oyendo con resignación el ruido fastidioso y seco de las tijeras de jardinería, siempre en movimiento, ó la lluvia monótona, infinita, que caía de las regaderas sobre las tupidas plantas. Aquel horticultor furibundo tenía con su mujer el mismo meticoloso cuidado que con sus flores. Medía el frío y el calor que debían reinar en su salón, lleno de ramos y hojas, y tenía que tomase el rocío de Abril ó el sol de Marzo; y como á esas plantas colocadas en cajones que se sacan ó se meten en determinadas épocas del año, así la hacía vivir metódicamente, con la vista puesta en el barómetro y en las variaciones de la luna.

Así vivió ella largo tiempo, aprisionada entre las cuatro paredes del jardín conyugal, inocente como una clemátide, pero con aspiraciones hacia otros jardines menos regulares, menos burgueses, donde los rosales crecieran con todas sus ramas, donde las matas silvestres subieran más arriba de los árboles y estuviesen cargadas de flores fantásticas, desconocidas, en libertad, y acariciadas por un sol más fuerte.

Esos jardines no se encuentran más que en los versos de los poetas; así es que la pobre leía muchos versos á escondidas del horticultor, el cual, en materia de poesía, no conocía más que los dísticos de los almanaques alusivos al tiempo.

Sin poder elegir, glotonamente, la infeliz devoraba los peores poemas, con tal de que en estos encontrara rimas de amor y de pasión; luego cerraba el libro y pasaba las horas muertas soñando despierta y suspirando: "¡Este es el marido que yo necesitaba!"

Probablemente todo eso se hubiera quedado en el estado de las vagas aspiraciones, si en el momento, terrible para las mujeres, de los treinta años, que es la edad decisiva para la virtud de la mujer, como el mediodía es la hora decisiva para la belleza del día, no se hubiese encontrado en su camino al irresistible Amaury. Amaury es un poeta de salón, uno de esos exaltados, de frac y guante blanco, que van entre diez y doce de la noche á contar en sociedad sus éxtasis de amor, sus desesperaciones, sus embriagueces, melancólicamente apoyados en las chimeneas, á la luz de las arañas y candelabros, mientras las mujeres, en traje de baile, los escuchan, sentadas formando círculo, extasiadas detrás de sus abanicos.

Amaury pasaba por ser el ideal del género. Cabeza de zapatero fatal, ojos hundidos, color pálido, peinado á la rusa y muy untado el pelo con pomada húngara. Es uno de esos desesperados de la vida, como gustan á las damas, siempre vestidos á la última moda; un lírico puesto á enfriar, en quien el desorden de la inspiración sólo se adivina por el lazo un poco flojo de la corbata, hecho descuidadamente. Así es que son admirables sus éxitos cuando con voz estridente recita una tirada de su poema *El Credo del amor*. Sobre todo, aquella que termina con este verso asombroso

[Yo creo en el amor como creo en Dios!]

Observad que, no sé por qué, sospecho que á ese farsante le tiene tan sin cuidado Dios como todo lo demás; pero las mujeres no se paran en tan poca cosa. Se dejan impresionar fácilmente por el sonido de las palabras, y cada vez que Amaury recita su *Credo del Amor*, están seguros de ver alrededor del salón boquitas sonrosadas que se abren y se dirigen como á tragar ese fácil anzuelo del sentimiento. ¡Ahí es nada! ¡Un poeta que tiene un bigote tan bonito y que cree en el amor como cree en Dios!.....

La mujer de nuestro jardinero no se le resistió. En tres sesiones fué vencida. Solamente que, como había en el fondo de aquella naturaleza elegíaca algo de honrado y altivo, no quiso cometer una falta mezquina. Además, en su *Credo* el poeta mismo declaraba que no comprendía más que una clase de adulterio: aquel que camina con la cabeza erguida, desafiando á la ley y á la sociedad. Tomando, pues, el *Credo del Amor* por guía, la joven se evadió bruscamente del jardín de Auteuil, y fué á echarse en brazos de su poeta. — "¡No puedo vivir más con ese hombre. ¡Llévame!" En casos así, el marido se llama siempre *ese hombre*, aunque sea jardinero por afición.

Amaury tuvo un momento de estupor. ¿Cómo imaginarse que una mujer de treinta años tomaría por lo serio un poema de amor y lo seguiría al pie de la letra? Sin embargo, puso á mal tiempo buena cara; y como en su jardincito de Auteuil, tan bien resguardado, la muchacha se había conservado fresca y bonita, se la llevó sin murmurar. Los primeros días, aquello fué delicioso. Temían las persecuciones del marido. Fué necesario ocultarse con nombres supuestos, cambiar de fonda, vivir en barrios inverosímiles, en las afueras de París, en los últimos rincones. Al anochecer salían furtivamente, daban paseos sentimentales por las fortificaciones. ¡Oh poder del romanticismo! Cuanto más miedo tenía ella, cuantas más precauciones eran necesarias y más balcones cerrados y más persianas corridas, más grande le parecía su poeta. Por la noche abría la ventana de su habitación, y contemplando las estrellas que se velan más allá de los faroles del ferro-

carril, próximo á la casa donde vivían, ella le hacía recitar sus versos.

¡Y era tan bueno!

Desgraciadamente aquello no duró mucho. El marido le dejó en paz. ¿Qué queréis? Aquel hombre era filósofo. Cuando su mujer se hubo marchado, él cerró la puerta de su oasis, y siguió dedicándose á criar rosales, pensando que afortunadamente las plantas echan raíces muy hondas, se agarran á la tierra y no se pueden marchar tan fácilmente. Nuestros enamorados, ya tranquilos, volvieron á París, y de pronto pareció á la joven que se le habían llevado su poeta y le había traído otro poeta. La fuga, los temores de ser sorprendidos, las perpetuas alarmas, todas esas cosas que mantenían viva su pasión, ya no existían, y entonces comenzó á comprender. á ver claro. Además, á cada instante, en la instalación de su casita y en esos mil pormenores burgueses de la vida íntima, el hombre con quien vivía se se daba á conocer mejor.

Lo poco que había en él de sentimientos generosos, heroicos ó delicados, lo había desleído en sus versos, sin quedarse con nada para su consumo particular. Era mezquino, egoísta y, sobre todo, roñoso, que es cosa que el amor no perdona. Además, se había afeitado el bigote, y aquel difraz le sentaba muy mal. ¡Qué diferencia con aquel sedoso y rizado bigote que se le había aparecido una noche, recitando su *Credo* entre dos candelabros! Ahora, en el forzoso retiro que sufría por culpa suya, se entregaba á toda clase de manías, la mayor de las cuales era la de creerse siempre enfermo. ¡Dios! A fuerza de hacerse siempre el tísico, acaba uno por imaginarse que efectivamente lo está. El poeta Amaury era aficionado á las tisanas, se envolvía en papel Fayard y llenaba la chimenea de frascos y de botes. Durante algún tiempo, la pobre mujer tomó en serio su papel de Hermana de la Caridad. La abnegación daba al menos una excusa á su falta, un objetivo á su vida. Pero se cansó pronto. A su pesar, en la ahogada habitación donde el poeta se envolvía en franela, pensaba ella en su perfumado jardín; y el buen jardinero, visto de lejos, rodeado de sus arriates de macetas, y hasta de sus hortalizas, le parecía tan sencillo, conmovedor, desinteresado como egoísta y exigente el otro.

Al cabo de un mes amaba á su marido, y lo amaba realmente, no por afecto impuesto por la costumbre, sino con verdadero amor. Un día le escribió una extensa carta, apasionada, de arrepentimiento. El no contestó. Tal vez no creyera que estaba todavía bastante castigada.

Entonces ella envió cartas y más cartas; se humilló, suplicó que la dejara volver á su hogar, diciendo que preferiría morirse á vivir con aquel hombre. Ahora le tocaba al amante ser *ese hombre*. Lo raro es que se escondía de él para escribir; porque creía que aún estaba enamorado de ella, y aunque pedía perdón á su marido, temía la exaltación de su amante.

«Jamás dejaré que me vaya», le decía.

Así es que cuando, á fuerza de ruegos, obtuvo su perdón, y el jardinero — ¿no os he dicho que era un filósofo? — consintió que volviese á vivir con él, aquella vuelta al hogar conyugal tuvo todos los aspectos misteriosos y dramáticos de una fuga. Positivamente hizo que su marido la robase. Fué su último goce de culpable. Una noche que el poeta, harto de la vida en común y muy orgulloso con su bigote, ya crecido de nuevo, se fué á una reunión á recitar su *Credo del Amor*, ella se metió en un carruaje, en el cual la esperaba su marido en la esquina de la calle y así regresó á su jardincito de Auteuil, curada para siempre de la ambición de ser la mujer de un poeta.....

¡Es verdad que aquel poeta era tan poco poeta!

ALFONSO DAUDET.

(*) Ya hoy no existe! Dios, valiéndose de un bruto inconsciente, salvó á los vecinos laboriosos de H.... de semejante monstruo.

DE DONDE VIENE EL MAL

Un ermitaño vivía en el bosque sin miedo á las alimañas. El ermitaño y las alimañas charlaban juntos y se comprendían.

Una vez habíase tumbado el ermitaño debajo de un árbol; allí se habían reunido también para pasar la noche un grajo, un palomo, un ciervo y una serpiente. Estos animales se pusieron á discutir acerca del origen del mal en el mundo.

El grajo decía:

—El mal viene del hambre, cuando tienes hambre y comes, empingorotado en una rama y graznando todo parece risuño, bueno y regocijado; pero quédate nada más que dos días en ayunas, y ya no tendrás ánimo para mirar la naturaleza; te sientes agitado, no puedes permanecer quieto en un sitio, no tienes un instante de sosiego; que se presente á tu vista un pedazo de carne, y aun algo peor, y te echas encima sin reflexionar. Ya pueden darte estacazos, tirarte piedras; ya pueden ladrarte perros y lobos: no sueltas la tajada. ¡A cuántos de nosotros les ha muerto así el hambre! Todo el mal viene del hambre.

El palomo decía:

—Para mí no es del hambre de donde viene el mal, todo el mal viene del amor.

Si viviésemos aislados no tendríamos tanto que sufrir, ó por lo menos sufriríamos solos; al paso que vivimos en parejas y amas tanto á tu compañera, que ya no tienes reposo, no piensas más que en élla. ¿Ha comido? ¿Está bastante abrigada? Y en cuanto se aleja un poco de su amigo, entonces se siente perdido enteramente; no le deja sosegar la idea de que se la ha llevado un azor ó que los hombres la han cogido. Y se echa en su busca, y cae también en el lazo, ya en las garras de un gavilán, ya en las mallas de una red. Y si tu compañera se ha perdido, ya no comes, ya no bebes, ya no haces más que buscar y llorar. ¡Cuántos mueren así entre nosotros! Todo el mal viene no del hambre, sino del amor.

La serpiente decía:

—No: el mal no viene del hambre ni del amor, sino de la perversidad. Si viviésemos tranquilos, si no anduviésemos buscándole tres pies al gato, entonces todo iría bien. Al paso que si se hace una cosa contra tu antojo te arrebatas y todo te ofusca, no piensas más que en descargar tu cólera contra alguien; y entonces, como loco, no haces más que silbar y retorcerte y tratar de morder á alguno. Y no tienes piedad de nadie; morderías á tu padre y á tu madre: te comerías á tí mismo, y tu furor acaba por perderte. Todo el mal viene de la perversidad.

El ciervo decía:

—Nó; de la perversidad, ni del amor, ni del hambre, no viene todo el mal, sino del miedo. Si pudiera no tenerse miedo todo iría bien. Nuestros piés son veloces para la carrera y nuestro cuerpo es vigoroso. Podemos defendernos á cornadas de un animal pequeño; de uno grande podemos huir; pero no se puede dejar de tener miedo. Que chasque una rama en la selva, que se mueva una hoja, y de pronto tiemblas de terror; te empieza á latir el corazón como si se te fuese á saltar fuera del pecho, y te pones á saltar como una flecha. Otras veces es una liebre que pasa, un pájaro que agita las alas ó una brisna que cae; ya te ves perseguido por una fiera y corres hacia el peligro. Ahora por evitar un perro, caes sobre un cazador; ahora, lleno de miedo, corres sin saber adonde, lleno de miedo, das un brinco y ruedas por un despeñadero donde encuentras la muerte. No duermes sino con un ojo cerrado y el otro abierto, siempre alerta, siempre despavorido, nunca en paz. Todo viene del miedo.

Entonces el ermitaño dice:

—No es del hambre ni del amor, ni de la perversidad, ni del miedo, de donde proceden todas nuestras desventuras. De nuestra propia naturaleza es de donde viene el mal, puesto que ella es quien engendra el hambre y el amor, la perversidad y el miedo.

CONDE LEÓN TOLSTOY.

BIBLIOGRAFIA

De enhorabuena se hallan las letras venezolanas con la publicación de *Caléndulas*, bello volumen de poesías debido á la fecunda pluma del joven escritor *Gonzalo Picón Febres*.

Pertenece éste á la nueva generación literaria que procura amoldar la inspiración á los moder-

riqueza de imágenes é intensidad de colorido, de manera que huelga á veces en sus producciones lo que echamos de menos en las de otros ingenios patrios. Su musa, á quien arrebatan los rasgos del heroísmo y la fulguración del genio, encuentra mayor caudal de tesoros poéticos en las historias íntimas del alma; y revelando sus propios sentimientos, desarrolla todo un cuadro lleno de pasión y movimiento, donde la nota conmovedora vibra con ternísimos acentos, y aparecen en luminosa proyección las visiones felices y las amargas realidades, los espejismos del amor y de la esperanza y la desolación de los crueles desencantos, que forman de ordinario el triste patrimonio de los seres privilegiados. En cuanto á la forma, la cincela el poeta con tan amorosa solicitud que es difícil señalar descuidos notables, que por otra parte no los dejarían percibir la música de una versificación llena de sonoridad y galanura.

Como final de estas ligeras apreciaciones y para que pueda apreciarse el valor en que se tiene á *Picón Febres* fuera de su país natal, publicamos en seguidas algunos párrafos del artículo que le consagra nuestro insigne compatriota Nicanor Bolet Peraza en su acreditada publicación *Las Tres Américas*.

"*Picón Febres* es de los griegos modernos que renuncian á los convencionalismos románticos y á las estrecheces clásicas en la poesía, y se acogen á la regla una y varia de la naturaleza, más sin cerrar por ello el Olimpo, en donde los griegos antiguos ponían todo aquello que palpita y alienta sin forma tangible, en una palabra: su dios plural.

"No pertenece este poeta á la secta extremada que ha restado de la naturaleza á su artifice que es como engañar al espíritu, cuando éste, al espaciarse en la contemplación de la eminencia de las montañas no detiene su vuelo, sino que más alto se baña en la refulgencia de los soles, [más alto esculca el infinito, y á voces clama, en la inmensidad de espacio y de luz, por el autor incomprensible de la incomprensible obra."

* *

Nuestro querido amigo el señor Doctor Alirio Díaz Guerra nos obsequió hace muchos días con un ejemplar de sus composiciones poéticas. Supimos leer y releer todo el volumen, gozar de veras recorriendo aquellas páginas que forman todas un precioso prado de [naturales y gallardas flores, pero hasta hoy nuestra fatal apatía nos impidió cumplir con el autor dando cuenta de su libro, y con el amigo enviándole por el precioso obsequio un sincero saludo de gratitud.

De la obra no podemos hacer el análisis en una simple nota bibliográfica, y aunque la hiciésemos, nuestro juicio no aumentaría en un ápice la bien conquistada fama de que goza el poeta; que es el nombre del autor conocidísimo en toda la América Española como bardo de estro inagotable y de decir castizo.

Conformémonos, pues con expresar que nunca como en el caso del Dr. Díaz Guerra se vió tal semejanza entre el modo de ser del hombre y el de sus obras. Todos le conocemos; y poseer un ejemplar de sus *Poesías* es tener un perfecto retrato de su sér moral, y cuenta minuciosa de sus sensaciones y pensamientos. Su libro merece como el que más figurar en toda biblioteca en que abunden bellezas artísticas de primer orden; y tan variado de matices é ideas es su contenido que sirve su lectura para toda situación del ánimo.—Allí, desde la entonación épica del gran poema, hasta los raptos del más delicado lirismo idílico. Sir-



DON LEOPOLDO BURON

nos ideales del arte, en lo que ellos tienen de aceptable y hermoso. Al romanticismo de Zorrilla y Byron, poblado de leyendas y sublimes desvarios, ha sucedido hoy una poesía más nutrida de ideas y espíritu filosófico y cuyos procedimientos artísticos persiguen la verdad de expresión en los diversos aspectos de la existencia. No aludimos aquí á la copia servil, ni tampoco á asuntos, que por su índole repulsiva, sean indignos de la alta investidura del poeta, sino á la naturalidad en las descripciones y á la verosimilitud de los temas y pasiones que poseen atmósfera real y se exhiben esfumados con el seductor encanto de lo bello. Por esto el realismo que muestran algunas páginas de *Caléndulas*, ostenta tal hermosa plástica, que nos parece ver la Venus Citera surgiendo de entre las espumas, ó palpitando en el lienzo alguna concepción del pincel de Valásquez.

Dotado *Picón Febres* de una imaginación exuberante, su fraseología poética abunda en

va de ello ejemplo la joya que trascribimos á continuación y que está más que otra alguna en consonancia con el tinte misantrópico que asombra hoy nuestro desencañado espíritu. Héla aquí:

EL ENTIERRO

¿No ves flotar en el aire,
Como bandada de espectros,
Las ilusiones en mi pecho?
Fulguraron en mi pecho?
¿No sientes en la alta torre
Los bronces tocando á muerto,
Y en la conciencia no escuchas
Amargos remordimientos?....

El corazón ha exhalado
Los suspiros postrimeros.
Y en largas horas de angustia,
Al mirar tamaño duelo,
¿No se inundarán tus ojos,
No asistrás al entierro,
A sepultar con la víctima
Tus propios remordimientos?.....

GENIUM

POR DON JOSÉ ANTONIO CALCAÑO

Yo no sé si velaba ó si dormía;
Mas la visión que apareció á mis ojos,
Tal realidad de formas revestía,
Que de asombro, al surgir, caí de hinojos.

Llame el mundo delirio de poeta
O del arte ficción mi ingenuo aserto,
Ni dañó á la verdad ni á mí me inquieta:
No porque fe le niegue es menos cierto—

Vi un hombre en pie, sereno el continente,
El manto azul de mar, un ancla el broche;
Al través de su cuerpo transparente
Brillaban las estrellas de la noche.

Figuréme á Colón tener delante,
Porque su nombre á mi memoria vino
Y ó la espuma hervir del mar sonante
Y aspiré efluvios de hálito marino.

Sin revelar quién fuese, hízome al punto
Mi engaño comprender, mas sin acentos:
Como en terso cristal, miré en trasunto
En su frente pasar sus pensamientos.

Seguí de ellos entonces la cadena;
Y ví que á hablarme de Colón venía
Y á hacer al mundo conocer la escena
De la marina gente en rebeldía.

¿Quién era él? No sé: tal vez Fernando,
Doria tal vez, ú otro ligur glorioso
Adorador del Genio venerando,
Revelador del caso portentoso.

¿Por qué á mí (pensé yo) la confianza?
“¡Mira!” dícame apena—y desaparece—
Surgió tal cuadro entonces á mi presencia,
Que el recordarlo sólo me extremece.

Aquel ignoto mar, de azul profundo,
A mis ojos se extiende sin ribera;
Prende el sol, que se oculta rubicundo,
Un volcán en el mar y otro en la esfera.

Vuelve sierpes las ondas el incendio,
Lenguas de fuego las etéreas gasas,
Y á las nubes arroja, con dispendio,
De gualda y bermellón inmensas masas.

Pero ya, nubarrones imponentes
Mueven sus negras formas funerarias;
Y alcadas revuelan impacientes,
Rasando el mar, siniestras procelarias.

Ya cercan en redor la carabela,
Ya en las cuerdas se posan un momento;
Ahora se lanzan á seguir la estela
Y se sueltan en lúgubre lamento.

Cual si á ostentar su poderoso empuje
Sólo aguardase el huracán su grito,
Súbito un trueno tal revienta y ruge,
Que parece llenar el infinito.

Negras masas son ya los horizontes,
Donde los rayos cárdenos serpean;
Las ondas de la mar se vuelven montes,
Las ráfagas dan ayes y vocéan.

Ni una frase la gente marinera
Ha cambiado entre sí; mas se adivina,
Cual si eléctrica chispa los moviera,
Que un mismo pensamiento los domina.

En sí la voz, á su pesar, ahogan,
Que nadie el labio á desplegar se atreve;
Y en rápida mirada se interrogan
Quién el discurso al Almirante mueve.

Él los designios que revuelven mira,
Ve la pasión que les agita el seno;
Y ni al temor da campo ni á la ira,
La vista al cielo, el corazón sereno.

Uno al fin se le atreve y le apostrofa:
“¡Basta ya de ilusiones, Almirante!
“No creemos ya en tí; y es hacer mofa
“De nuestra buena fe, seguir adelante.

“¿Juzgas que esta infernal naturaleza,
“Más y más indomable cada día,
“Consiente vida alguna, en su aspereza,
“Ni siquiera manantial ni yerbas cría?

“O fuego á respirar hemos nacido....?
“¿Tanta llama no miras, ó eres ciego?
“Todo se ve del fuego combatido;
“Vé ese mar que surcamos: es de fuego.

“Vuelve á España las proras, y confiesa
“Que te faltó la ciencia, ó la fortuna:
“Tu salvación, como la nuestra, es esa;
“Y no te engañes más, no hay tierra alguna.

“Lo que tú has descubierto, es la temida
“Región de las borrascas turbulentas,
“Donde tienen los truenos su guarida,
“Y su arsenal de rayos las tormentas.

“¿Ni un día, ni una hora, no hay más plazo!
“O el rumbo tuerces al nativo puerto,
“O allana el horizonte, y tiende el brazo
“Y muéstranos la tierra—ó eres muerto—”

Erguido en pie, con majestad serena
Alza, su mundo á ver, Colón la frente;
Su audaz mirada el occidente llena,
Y nada le revela el occidente.

Debe ver de más alto: y crece, y crece,
Y no ve nada....! Ha menester más talla:
Crece aún, y la tierra no aparece....!
Y crece, y crece más.... ¡y nada halla!

Y al par que talla cobra y gana altura,
En proporción sus miembros se agigantan;
Y las centellas en la esfera oscura
Sus formas á intervalos abrillantan.

Le azota la melena desgrefiada
El huracán en su impetuoso vuelo;
Y con pasmo la chusma rebelada
Le ve crecer.... crecer.... tocar al cielo....!

¿Qué claridad su rostro soberano
A la luna, de súbito, asemeja?
De allá, tras el convexo hondo océano,
El sol, de lleno el sol en él refleja....!

Su mundo ve! Y el brazo tiende al punto
Donde la corva mancha verdegea;
Y á tal prodigio, del Tabor trasunto,
Desplómase á sus pies la turba rea.

Septiembre de 1893.

ÍNTIMAS

Hoy he permanecido largo rato de brues
sobre la barandilla de mi balcón....
Abajo, en la calle, un organillo hinch
el aire de quejumbrosas melodías; algu
nas voces ruedan entre la muchedumbre
pregonando no sé qué.... y por sobre
esta confusión de cosas y de séres flota una
onda de gorgoros: es el himno flamante de
los pájaros que arrulla los últimos vagidos
de esta bochornosa tarde de agosto....
Allá veo la amarillosa silueta del Monjuich
y tras de ella un mar inmenso de cuyo brumoso
confín se me antoja que surge una
como franja blanca de tierra amada con su
cielo aterciopelado y su bosque violáceo,
en donde se sienta gloriosamente altiva
mi Caracas, en donde está mi hogar, y allá,
más lejos, mis amigos!

Y sobre esta obscuridad de mi tristeza de
ausente, sobre esta negrura de mi vida de
neurótico acaba de palpitir una inesperada
prueba de afecto, un claro resplandor de
alegría, una voz indefinible que me está
diciendo al oído: “No, no estás sólo
aún!....”

Es la voz de los buenos, la voz de los
amigos, la voz de aliento de los que acaso
sufrieron en silencio nuestras ingratitudes.

Los amigos, por pocos que ellos sean y
por dispersos que se hallen siempre forman
un batallón, que es la torre de asilo, el
consuelo, el refugio, la bandera bajo cuyos
radiosos pliegues se acogen los que gastan
vida de azares literarios, los que están
hechos á la fatiga, á la lucha, á la zozobra,
á la risa sonora de los triunfos y á la grita
que vocifera la derrota.

A ese lejano batallón me dirijo.

De ahí me alertan, me dicen que todavía
soy bien querido entre algunos, que la
enormidad de mi delito es mi disculpa!

Gracias!

Habéis derramado una gota de felicidad
en lo seco de mi trahusmante existencia:
el alma se ha asomado á los ojos para verla
y los recuerdos se han erguido acariciados
por esa ráfaga aromosa del terruño: me ha
parecido respirar el soplo fecundante de
sus montañas; el perfume desprendido de
sus jardines, y el olor, en fin, de aquel
suelo caliente que parece llevar en sus en
trañas el fuego con que empapa la imagi
nación de sus poetas y el nunca desmen
tido coraje con que embravece á sus
guerreros....

Por eso he abierto las ventanas esta
calorosa tarde de agosto, para que entre á
iluminar mi entenebrecida guardilla un
rayo del sol esplendoroso de mi Patria.

MIGUEL EDUARDO PARDO.

Barcelona (España) 1893.

JUNTO AL RHIN

Á ALIRIO DÍAZ GUERRA

Junto al Rhin, el viejo río,
El río de las leyendas,
Un castillo silencioso
Alza sus torres de piedra,
Del señor de la comarca
La sombría fortaleza.

La niña de ojos azules,
De rizada cabellera,
De tez de nieve y de grana,
Casto ideal de poeta,
La que mis sueños tranquilos
Cruza vaporosa, aérea,
Cual Holda cruza el espacio
En noches de primavera,
La adorada de mi vida
Que me ha jurado fe eterna,
Allí vive, para el mundo
Escondida su belleza.

Cuentos de hermosas princesas
Enamoradas de pajes
Que han muerto de amor por ellas;
Y al decirle mis dolores,
Mis sueños y mis ternezas,
Melancólica me mira,
Llora, y las manos me estrecha.

Y cuando en el cielo pálido
Muriendo van las estrellas,
La dejo en la escalinata
Y repaso la alameda,
Cabizbajo recordando
Lo que olvidé junto á ella,
Lo que pensaba decirle:
Más sueños y más promesas.
Y cruzo el Rhin en mi barca....
Y en tanto en las ondas crespas
Juegan con la blanca espuma
Las hadas de las leyendas.

ISMAEL HENRIQUE ARCINIEGAS



EL ANGEL DE LA GUARDA

NUESTROS GRABADOS

Pro. Dr. D. Juan Bautista Castro

Nos referimos á lo que se vé en la 2.^a página de este número respecto del retrato del Pbro. Dr. Castro.

Don Pablo Ramella

Solo quien no tuviera ocasión de tratar ó de conocer de oídas á Don Pablo Ramella no conservará gratísimo recuerdo de aquel que no hizo sino dar el buen ejemplo en toda su órbita de acción.

Distinguíale activísima y honrada laboriosidad, acendrado amor al bien de que eran inequívoca muestra sus muy frecuentes actos de fecunda caridad y la formación de muy honorable y digno hogar.

Fué el señor Ramella, uno de los hombres que dieron mayor impulso con su incansable actividad y ejemplar consagración á nuestras nacientes industrias, servicio éste que prestó á la sociedad con otros muchos que no habrán de caer nunca en el olvido. Es por estas razones que EL COJO ILUSTRADO se complace en colocar hoy en sus páginas el retrato de aquel excelente ciudadano.

Don José Echegaray, Doña Luisa G. Calderón y Don Leopoldo Burón

Nadie mejor que la notable artista á quien el mismo Echegaray confiara la creación de tantos personajes de sus últimas obras, dirigiéndola quizás, podía darnos cabal idea de la interpretación especial que requieren las obras de aquel insigne autor dramático. Agradecidos debemos quedar al señor Burón, artista de incuestionable mérito y empresario de la compañía dramática española que al presente actúa en el Teatro Caracas, de que hayamos tenido ocasión de admirar en nuestra escena una de las estrellas del Teatro Español, de la cual conservará imperecederos recuerdos nuestro público.

Publicamos hoy los retratos de Echegaray, de Burón y de Doña Luisa G. Calderón en las páginas 355, 357 y 359 respectivamente.

Coro.—Calle del Acueducto
Calle de Buchibacoa

Coro es una de las ciudades de Venezuela que, así por su favorable situación como por la inteligencia de sus habitantes, progresará de manera sorprendente el día que en nuestra patria prive el desco del bien común. No quiere esto decir que no sea hoy por hoy floreciente el estado de aquella importante y simpática ciudad de cuyo agradable aspecto nos dan idea los grabados de la página 364. Al contrario, el hecho de que allí tenga tanto estímulo el cultivo de las letras como para que en tanta estima tenga la mujer tan amable labor; y el de que sea el de la literatura campo de ejemplar fraternidad, prueba son de que allí reina la bonanza en los espíritus, como consecuencia del fructífero trabajo y de que á la buena índole se hermana el ingenio en los corianos.

El Angel de la Guarda

Fuente inagotable de inspiración para el arte ha sido siempre nuestra sublime religión. Tema para lo grandioso, para lo práctico, para lo tierno, para todo ofrece ella, como de diario lo comprueba la multiplicidad de obras artísticas en que se presenta ora un pasaje de la sagrada historia, ora algo de ese mundo visible sólo para los ojos de la fe.

El grabado de la página 361 nos representa al Ángel de la Guarda velando el sueño de un ángel de la tierra. ¿Necesita tal tema comentarios? ¿Se escapará á alguno toda la tierna poesía que hay en el asunto escogido y bien tratado por el artista?

Nicht zu hause! [NO ESTÁ EN CASA]

¿Es una madre que juega al escondite con su niño? ¿Es una esposa que bromea con el esposo cuando éste vuelve del trabajo? ¿Es una doncella que se divierte en mortificar al doncel apasionado? Que indefectiblemente es algo de lo dicho nos lo revela la expresión de la muchacha muy bien estudiada por el artista. Hay mucha gracia en el asunto y mucha verdad en los detalles.

Valencia.—Calle Real.—Casa del señor Ramón Montilla Troanes, en la Avenida de Camorruco

Dos vistas más ofrecemos hoy de la bella é importante capital de Carabobo, á la cual nos acerca día por día la construcción de la vía férrea. Llamamos la atención de nuestros lectores al

grabado que representa una casa en la famosa Avenida de Camorruco, una de las principales bellezas de Valencia, de que con razón se enorgullecen los hijos de aquella heroica é histórica ciudad.

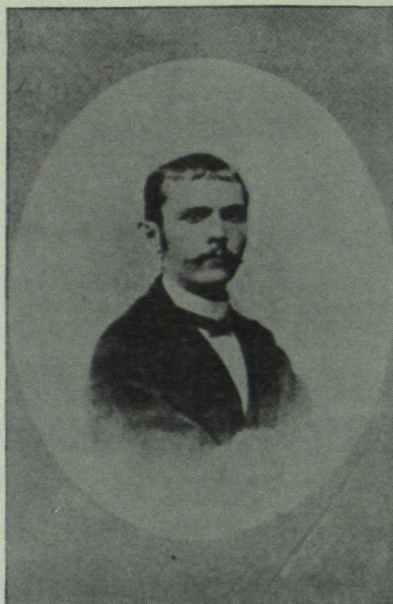
El Paraíso.—Orillas del Guayre

El grabado de la página 365 representa la casa y oficinas de la hacienda donde se empezó á formar el pintoresco paseo que destruyó el Guayre con su gran creciente del 6 de octubre del año anterior. A no ser por esto, Caracas contaría á estas horas con uno de los más bellos sitios de recreo que puedan imaginarse.

Tipos populares de Caracas.—Niño Andando

No sabemos de donde le vino el apodo; pero es lo cierto que nadie le conoció por su nombre de pila sino por ese de *Niño andando*, que nada expresa por sí solo y que expresa mucho para quien conoció el personaje.

Niño andando era una campana ambulante, y un sorchante callejero. Cuando no repicaba á vísperas, cantaba maitines ó letanías mayores, marcando con su cojera el compás del canto ó el ritmo del repique. Alegraba las calles, no molestaba á nadie y era uno de los bienaventurados de la tierra.



JOSÉ RAMÓN BETANCOURT

Al publicar hoy el retrato de este joven adalid de la prensa carabobeña hacemos lisa y llanamente justicia al verdadero mérito. Luchador incansable BETANCOURT en pro de las libertades públicas y del progreso venezolano, merece como el que más figurar en las columnas que EL COJO ILUSTRADO destina para celebrar al patriotismo y al talento.

Su vida corta pero bien empleada puede resumirse en las siguientes líneas:

Nació en la ciudad de San Carlos el año de 1864.

A los veinte de edad fundó en Valencia en compañía de varios otros jóvenes el periódico literario titulado: *El Crepúsculo*. Al año siguiente [1885] fué director de *Las Noticias*, diario de importancia; y en el que tuvo á su lado como compañero de redacción al señor R. Linares Bernal.

El 26 de abril de 1886 publicó el primer número de *El Diario*, que es hoy el periódico de más importancia de Carabobo. Su *formato* fué en los comienzos tres veces menor de lo que es en el día, en que sus dimensiones son iguales á la del mayor de los periódicos de esta capital. La circulación de *El Diario* está en relación con su tamaño.

Betancourt debe á sus ideas independientes y á su constante lucha contra la tiranía el haber sido perseguido y preso por cinco veces;

mas tales sufrimientos lejos de hacerle cejar en sus dignos propósitos, le sirven más bien para retemplar su alma varonil.

Hoy han sido premiadas sus virtudes cívicas con la elección que ha recaído en él para Diputado á la Legislatura del Estado Carabobo, por el Distrito Nirgua.

Aprovechamos esta oportunidad para enviar nuestro aplauso al campeón y nuestro saludo al amigo.

REVISTA DE LA QUINCENA

Quando por más que se busca
No se encuentra que contar,
Porque, todo lo ocurrido
De dos semanas acá,
O de importancia carece
O la tiene, pero tal
Que no meneallo es acierto
Del que vivir quiere en paz,
El apuro del cronista
Es apuro sin igual.

Dos columnas, por lo menos,
Debo de crónica dar
Y dos cuartillas es mucho
Para el poco material.
Líbrame tu del aprieto
Santa Virgen del Pilar!
Permite que algo suceda,
Algo de interés vital,
Algo que llene en seguida
La urgente necesidad!

En vano espero: no turba
Nada el curso natural
De las cosas, nada viene
Mis angustias á aliviar!
Despejado miro el cielo,
La calle en silencio está,
Dá las nueve, perezoso,
El reloj de Catedral;
A las once, de la imprenta
Por la revista vendrán
Y no te alcanza mi ruego
Santa Virgen del Pilar!

No te conozco, ¿quién eres
Vieja que espanto me das?
No te acerques, para bromas
Mis pobres nervios no están;
Aléjate que me turbas
Con esa risa glacial;
Mira cómo raudo el tiempo
Para no volver se vá
Ah! por gracia! Vete, vete!
Me importunas. Basta ya!

¿Qué dices? ¡Mientes! Al punto
Márchate, déjame en paz.
¿Tú mi lira? cuándo, dónde,
Se forjó impostura igual!
¿Tú como espectro medroso,
Mensajero de Satán?
¿Con esa facha vetusta
Con esa mueca infernal
Antes sonrisa, ora insulto,
Tus mi lira, tu? . . . Jamás!

¿Que te olvidé, que al silencio
Te condené, tiempo ha,
Y á vivir con sabandijas
Te reduje en el desván.
Que se pudrieron las cuerdas,
Que el orín cubrió el metal,
Que te invadió la carcoma,
Que tengo la culpa?—Ya!
Si sólo me diste enojos.
Si la gloria de pulsar
Tus aureas cuerdas delirio
Que pasa pronto es no mas,
Nube que desparce el viento
Del cielo en la inmensidad,
Luz fosfórica que brilla
Sobre la espuma del mar!
Si ya á los dulces acordes
Atento el mundo no está;
Si no hay poetas ni musas,
Ni otras liras en verdad
Que las que tanta fatiga
Cuesta en Italia ganar.

¿Qué me quieres? ¿Que de apuros,
A sacarme vienes? ¡Bah!
¿Que á mi súplica da oídos
Ya la Virgen del Pilar,
Y te manda en mi socorro?
Pues entonces ven acá:
Fuera el polvo, nuevecitas
Finas cuerdas llevarás,
Suelta, suelta la carcoma.
Lustre recobre el metal.



NIGHT ZU HAUSE! NO ESTÁ EN CASA. — Dibujo por Johann Herterich



CASA DE RAMÓN MONTILLA TROANES, EN LA AVENIDA DE CAMORUCO. — Valencia (Venezuela)

Así, vamos, ya eres otra,
Ya otra vez puedes sonar.
Pero, diantre, ¿qué sucede?
Lirita ¡qué ronca estás!
¿Porqué si ayudarme acudes,
En vez de romance á
De tus cuerdas solo brota
Galerón y nada más?
Vano empeño. Si es que solo
De esta suerte has de sonar
Vete. Nó, quédate. . . . (cielo!
Qué hago yó si ella se vá?)

Vamos, te escucho, ya puedes
Cuando quieras empezar.
Espero que mucho digas
Y de mucha novedad,
Que para charlas, enredos,
Cuentos, chismes y demás,
Solás se pintan las viejas
Sabandijas del desván.

¿Esas tenemos? ¿Quejosa
De mí la polilla está
Porque diarios y gacetas
No le doy á devorar?
Que se queje, ¿Qué me importa?
¿Qué me viene ni me va
Con que ella rabie? Por eso
No voy diarios á pagar
Donde solo encuentro *puyas*
Al partido tal ó cual.

¡Caracoles! ¿Eso dice,
Eso afirma el alacrán?
¿Que ya á nadie su ponzoña
Dañar puede porque está
Saturada de veneno
La proterva humanidad?

También el grillo murmura . . .
¿Y qué dice el animal?
Vamos, acaba, de fijo
Alguna barbaridad!
¿Con que se llama á silencio?
¿Con que no puede cantar
Porque todo el mundo chillá
Con más fuerza en la ciudad?
Uno que de hambre se muere,
Otro que tan harto está
Que de la hartura le vino
La congestión cerebral.
Una niña, porque el novio
Se marchó y no vuelve más.
Otra porque no le gusta
El pretendiente al papá.
Un pollo, porque á la moda
No le quedó el nuevo *frac*.
Este que cesante queda,
Aquel á quien llevan ya,
Como res al matadero,
Al salón municipal.

Y las moscas ¿nada tienen
Las moscas que reclamar?
Que no se quejen de vicio:
Porque en calle muy central
Como opíparo banquete
Perrito muerto encontrarán,
Y mucha escoria en el suelo
Del mercado principal.

¿Y las ratas? muy contentas
Me figuro que estarán.
¡Cuánto viejo manuscrito
Les he dado á devorar!
Novelas de mucha intriga
Muy mal escritas, muy mal!
Dramas en verso y en prosa
Sin desenlace. *La mar*
De poemas y sonetos
Y discursos y además
Apuella silva ¡que silba
Si la llevo á recitar!
¿Y las ratas ni con eso
Se contentan? ¿Quieren más?
Por mí no quede, muy pronto
Les daré un romance en á.
Y á tí, para nada, lira,
Te necesito. . . Al desván!

EL PESCADOR DE ISLANDIA

Continuación

Pero reflexionaba que, después de todo, nada de lo que á Juan se refería le importaba, ni debía importarle nunca. ¿Qué tenía ella que ver con que se embarcara en este ó en el otro buque? ¿Se sentiría por eso más ni menos desgraciada cuando él estuviera en Islandia, ó cuando la venida de un nuevo otoño trajera á los pescadores á sus hogares? Todo aquello debía ser indiferente, sin alegría como sin esperanza. No había entre ellos ningún lazo; ninguna mancomunidad

de pensamientos, puesto que él ni parecía siquiera acordarse del pobre Silvestre; érale necesario, por consiguiente, desprenderse de toda idea relacionada con él, desechar los pensamientos á que se mezclaba su nombre, convencerse, en una palabra, de que su sueño había concluido para siempre.....

Y cubría con una dulce mirada á aquella pobre vieja dormida, que todavía tenía necesidad de su amparo, pero que no tardaría en dejarla sola en el mundo. Y entonces, ¿á qué vivir ni trabajar? ¿con qué objeto?

Allá fuera rugía el viento del Oeste; las goteras del techo habían vuelto á empezar su monótono ruidito intermitente. Y las lágrimas de Margarita empezaron también á caer de sus ojos, deslizándose tristes y silenciosas por sus mejillas: lágrimas de huérfana abandonada que pasaban sobre sus labios, dejando en ellos un gusto amargo, y caían sobre la costura como esas lluvias de estío que no son traídas por brisa alguna, y que caen súbitamente de las nubes demasiado llenas. Entonces, cegada por el llanto, quebrantada de cuerpo y de espíritu, poseída de vértigo ante el vacío de su vida, plegó el amplio corpiño que estaba confeccionando para la señora Tressoleur, y trató de dormir en su linda cama de señorita, que cada día encontraba más fría, más húmeda, como todas las demás cosas de la cabaña.

Estamos en los primeros días de febrero. El tiempo, de duro y lluvioso, se había trocado en templado y seco.

Juan Gaos salía de casa de su armador, donde había cobrado los mil quinientos francos que le correspondían por su parte de pesca de la temporada última, é iba á entregárselos á su madre, según su costumbre inveterada.

El año había sido bueno para él, y se encontraba muy satisfecho.

Cerca ya de Ploubazlanec, vió un grupo de gente á orillas del camino: una vieja que gesticulaba agitando su palo, y muchos chiquillos alborozados que se refan de ella.

¡Era la abuela Moan! La buena viejecita, á quien tanto había querido Silvestre, era ahora una de esas viejas imbéciles y desarrapadas que sirven de diversión á las gentes en los caminos públicos.

Esto causó á Juan una verdadera pena.

Los pilluelos de Ploubazlanec habían matado el gato de la señora Moan, quien llena de cólera y desesperada, les amenazaba con un palo.

—¡Ah, si hubiera estado aquí mi pobre nieto, bien seguro que no os hubierais atrevido á matar al animalito, grandísimos bribones!

Se había caído al salir corriendo tras de los chicos para vengar la muerte del gato, y la vista de su cofia puesta del revés, y de su vestido lleno de barro, inspiraba á aquellos la firme creencia de que la vieja Moan estaba borracha.

Pero Juan sabía muy bien que la pobre anciana no había bebido nunca más que agua, y se sintió indignado de que se mofaran de ella.

—¿No os da vergüenza de insultar así á una señora de edad?—dijo á los chicos con su voz sonora, cuyo tono imponía aun á los hombres como él.

En un abrir y cerrar de ojos todos los pilluelos desaparecieron, porque no ignoraban que Gaos *el grandote*, como le llamaban ellos, tenía muy mal genio.

Gaud, que en aquel momento regresaba de Paimpol trayendo costura para la velada, había apercibido desde lejos el grupo y reconocido en él á la abuela. Echó á correr para ver lo que le pasaba, y comprendió el suceso viendo el cadáver del pobre gato.

Alzó entonces sobre Juan sus ojos de mirada franca, y el pescador esta vez no apartó los suyos ni trató de esquivarse. Los dos se pusieron muy encarnados, él tan súbitamente como ella, de una misma subida de sangre á sus mejillas, y se quedaron mirándose, un poco asombrados de verse tan cerca el uno del otro; pero sin rencor, casi con dulzura, como reunidos en un pensamiento común de piedad y protección.

Largo tiempo hacía que los chicos de la escuela de Ploubazlanec acechaban al gato de la vieja Moan, porque tenía el cuerpo y la cara negros, lo que les hacía suponer que era el diablo: la verdad era que el pobre animal no podía ser



CALLE DE BUCHIBACOA. — Coro [Venezuela]



CALLE DEL ACUEDUCTO. — Coro [Venezuela]



CALLE REAL DE VALENCIA [Venezuela]



Colección de tipos populares de Caracas
NIÑO ANDANDO

más inofensivo, y cuando se le miraba de cerca, se le notaba por el contrario una fisonomía tranquila y cariñosa. Le habían sacrificado á pedradas, y tenía un ojo colgando. La triste anciana, siempre balbuceando amenazas, teda conmovida, tomó el camino de su casita sin abandonar á su gato á quien llevaba arrastrando por la cola.

¡Ah, pobre nieto mío, pobrecito Silvestre! Si tu hubieras estado aquí, no se habrían atrevido esos pillos á hacerme esta infamia.

Y sus ojos derramaban lágrimas que caían por entre las arrugas de su rostro.

Gaud le había enderezado la cofia, tratando de consolarla con frases de cariño. Juan estaba muy indignado. ¡Cómo era posible que hubiese chi-

quillos bastante malvados para causar un disgusto así á una pobre vieja! Y casi se le saltaban también las lágrimas. No era el gato lo que sentía, porque no los podía ver; pero se le encogía el corazón andando detrás de aquella anciana que arrastraba el cadáver del animal querido. Y pensaba en el buen Silvestre, que tanto había amado á su abuelita, y que tanto hubiera sufrido si le hubiesen predicho que la que le sirvió de madre iba á concluir por servir de befa y escarnio á los muchachos traviesos.

Gaud, como encargada que era de cuidar á la vieja, sentía la necesidad de excusarse por el estado en que la encontraban, y se dirigió á Juan en estos términos:

—Por fuerza se ha debido caer al suelo, para estar tan sucia: su vestido no es nuevo ni mucho menos, porque somos pobres, señor Juan; pero ayer mismo se lo estuve cosiendo, y cuando yo salí esta mañana, estoy segura de haberla dejado tan arregladita.

Juan clavó en la joven una mirada intensa, más impresionado tal vez por esta pequeña explicación, que lo hubiera sido por frases hábiles ó por reproches y llantos. Gaud era linda como ninguna otra del país, y Juan lo sabía perfectamente; pero le parecía que lo era ahora mucho más, desde que había caído en la pobreza y se veía abandonada en el mundo. Le notaba ahora un aire más serio; sus ojos, de un gris azulado, tenían una expresión más reservada, pareciendo, sin embargo, que penetraban más en el fondo del alma. Iba á cumplir veinte y tres años; su talle había acabado de formarse completamente, y se hallaba en toda la plenitud de la belleza de la mujer.

Y luego, vestía ahora como la hija de un pescador: traje negro sin adornos, y una cofia lisa,

EDICION INTERNACIONAL

Del **RETRATO** de **S. S. LEON XIII**
Por **CHARTRAN**



Este celebre retrato, es
EL ÚNICO AUTÉNTICO
El único para el cual S. S. haya servido de modelo.

El Papa viene representado **SENTADO**, con su
vestido de recepción.

ENCANTADO DEL PARECIDO, LEON XIII HA

EXPRIMIDO AL ARTISTA SU DESEO DE QUE ESTE CUADRO SEA

REPRODUCIDO Y REPARTIDO EN EL MUNDO ENTERO

y ha compuesto dos **versos latinos** que van reproducidos **autógrafos**, sobre todas las reproducciones:

Grabado con ácido — Cromogravado — Grabado en dulce

Cromolitografía — Fotoeromía — Fototipia — Cromotipografía — Imágenes de color.

sin dejar por eso de ser distinguida ni de tener un aire de señorita que no tenían las demás que vestían como ella. ¿De dónde procedía aquel aspecto fino y elegante? De algo oculto en ella misma, é involuntario por su parte; tal vez, sencillamente, de que su traje estaba mejor hecho y su talle más ajustado que los de las otras, por un antiguo hábito, y dibujaba mejor su redondo pecho y el nacimiento de sus brazos..... Pero no; la distinción residía más bien en su voz dulce y tranquila, y en la serenidad de su mirada.

XXX

Decididamente, Juan se proponía acompañarlas hasta su casa.

Casi era un espectáculo que provocaba á la risa aquella extraña procesión de tres personas que escoltaban el cadáver de un gato: en el centro, la vieja Ivona, que llevaba arrastrando al animal; Gaud á su derecha, ruborosa y turbada, y á la izquierda Juan Gaos, todo pensativo, aunque sin dejar su aire orgulloso de siempre.

La abuela Moan se había ido calmando poco á poco, y ya no sollozaba ni decía una palabra; en cambio, observaba alternativamente á los dos jóvenes.

Gaud, por su parte, tampoco se atrevía á desplegar los labios por temor de que Juan aprovechase la menor ocasión oportuna para despedirse; quería prolongar cuanto pudiera aquel delicioso sueño, antes de llegar á la morada vacía y oscura, en cuyo dintel iba á desvanecerse.

Llegado que hubieron á la puerta de la cabaña, uno de esos minutos de indecisión durante los cuales parece que el corazón suspende sus latidos. La abuela entró sin volverse; detrás de ella, Gaud, titubeando, y Juan..... Juan entró también.

El pescador se quitó respetuosamente su sombrero y paseó una mirada por la habitación. Al distinguir



EL PARAÍSO, EN LA RIBERA DEL GUAIRE. — Caracas (Venezuela)
[De fotografía de Lessmann]

el retrato de Silvestre, suspendido de la pared en su modesto marco, se aproximó á él lentamente, como quien se acerca á una tumba.

Gaud permanecía de pie, apoyada con las dos manos en la mesa. Juan contemplaba todo silenciosamente en torno suyo, y ella le seguía en aquella especie de revista muda que pasaba de su pobreza. Bien pobre, en efecto, á pesar de su orden y de su limpieza, el nido de las dos infelices mujeres abandonadas. Tal vez, al menos, Juan experimentaría hacia ella un poco de compasión honrada, al verla descendida á aquella miseria, desde su riqueza de poco antes. Sólo quedaba de la pasada opulencia el primoroso lecho de señorita, en el cual se fijaron involuntariamente, más de una vez, los ojos de Juan Gaos.

Este no pronunciaba una palabra.....¿Por qué no se iba? La abuela, que era todavía muy lista en sus raros momentos de lucidez, fingía no ocuparse de los jóvenes. Así, pues, éstos permanecían de pie, el uno delante del otro, mudos y ansiosos, concluyendo por mirarse fijamente como en una interrogación suprema.

Pero los instantes pasaban, y á cada segundo que transcurría el silencio se hacía más penoso, más difícil de sostener. Y se devoraban con la vista, como en la espera solemne de algo inaudito que tardaba en venir.

—Gaud—le preguntó él con grave acento—si continuáseis pensando lo mismo.....

¿Qué iba á decir?.....Adivinábase que tomaba alguna gran decisión, brusca como eran todas las suyas, pero que apenas osaba formular.

—Si seguís en la misma idea..... la pesca se ha vendido muy bien este año, y tengo un poco de dinero disponible.....

Continuará

MEDALLAS DE ORO
en las Exposiciones Universales de
Paris 1878-1889
Bordeos, DIPLOMA DE HONOR en la Exposición de 1882

PRUNES D'ENTE
Ciruelas Ingertas



J. FAU
Bordeos (Francia)

Se desea pasarlo bien sirva comer cada día
Ciruelas deliciosas J. FAU

INJECTION
GADET
CURA
CIERTO Y INFALIBLE
EN TRES DIAS
Ph. B. Denain 7
PARIS

DEPÓSITOS EN LAS PRINCIPALES FARMACIAS

PERFUMERIA ORIZA
L. LEGRAND
11, Place de la Madeleine, 11
PARIS

ULTIMAS CREACIONES
Productos

DATURA INDIEN

Esencia..... DATURA INDIEN
Polvo de Arroz. DATURA INDIEN
Jabon..... DATURA INDIEN
Agua de Tocador DATURA INDIEN
Aceite..... DATURA INDIEN

Sachets Oriza Solidificados
ELEGANTES TABILLAS
16 OLORES EXQUISITOS.

EN TODAS LAS PRINCIPALES CASAS DE LA SUR-AMERICA.

Aceite de Hígado de Bacalao
DEL
DOCTOR DUCOUX
Iodo-Ferruginoso,
al Quinquina y Cáscara de Naranja amarga

Los Médicos no vacilan en dar la preferencia, cuando se trata de curar las

ENFERMEDADES DE PECHO
LAS ESCRÓFULAS, EL LINFATISMO
LA ANEMIA, LA CLOROSIS, etc.,

al ACEITE de HÍGADO de BACALAO del D^r DUCOUX, Iodo-Ferruginoso, al Quinquina y Cáscara de Naranja amarga, porque no tiene ésta preparacion ningun sabor desagradable y porque su composicion la hace sumamente **tónica y fortificante.**

Depósito General: 7, Boulevard Denain, en PARIS
Se halla en todas las principales Farmacias y Droguerías del Universo.
Desconfíese de las FALSIFICACIONES é IMITACIONES

EPILEPSIA
HISTÉRICO
CONVULSIONES
ENFERMEDADES
NERVIOSAS

SOLUCION ANTI-NERVIOSA
DE
Laroyenne

¡Curacion frecuente!
¡Alivio siempre!
CON EL USO DE LA

VENTA POR MAYOR
PARIS, 7, Boulevard Denain, 7, PARIS
FARMACIA DUREL

DEPÓSITOS EN TODAS LAS PRINCIPALES FARMACIAS Y DROGUERIAS

VERDADERAS PÍLDORAS del D^r BLAUD

Estan empleadas con el mayor éxito desde mas de 30 años por la mayor parte de los Médicos Franceses y extranjeros para curar la **ANEMIA, CLOROSIS (colores palidos),** y facilitar el **Desarrollo de las jóvenes.**

El hecho de estar estas Píldoras insertadas en el nuevo **Codex Francés,** y su eficacia reconocida por el **Consejo de Higiene del Brasil,** y su venta autorizada, nos dispensa de todo elogio.

Exíjase el nombre del lavator gravado sobre cada Píldora como mas abajo.

DESCONFÍESE DE LAS IMITACIONES

NOTA.—Las Verdaderas Píldoras del D^r Blaud no se venden nada mas que en frascos y medias frascos de 200 y 100 Píldoras, pero nunca al por menor.

PARIS, 8, RUE PATENOT.—DEPÓSITOS EN TODAS LAS PRINCIPALES FARMACIAS

BLAUD

LOS POR QUÉ DE LA SEÑORITA SUSANA

POR
EMILE DESBEAUX

Continuación

—Son invisibles á la simple vista, porque están confundidos unos con otros, pero eso no les impide estar. Se ven perfectamente con un antejo ó con un cristal de aumento. Eso que tú llamas dibujos son cristalizaciones. Se distinguen muy bien en esos vapores helados que forman la nieve. Allí no están bastante apretados unos con otros para que se confundan. ¿Supongo que tú los habrás visto?

—Sí, dijo la niña.

Pero volviendo al asunto que la preocupaba, añadió señalando á los dibujos de la vidriera:

—Entonces, tenemos ahí cristal de hielo.

—Es verdad.

—¿Por qué los vemos ahí?

—Porque no habiendo más que una capa de hielo sumamente fina, puesto que el agua que se ha helado era muy poca, las cristalizaciones ó cristales de hielo no han podido confundirse en un gran espesor.

—Ahora me toca á mí decirte que me dispenses, replicó la niña, pero permíteme volver á mi primera pregunta: ¿Por qué hay hielo en mi cuarto, siendo así que está caliente?

—Puesto que te empeñas, voy á decírtelo.

—Escucho.

—Es por efecto de la condensación.

Esta palabra no era á propósito para desvanecer las dudas de la niña. Pablo se lo figuraba, y por consiguiente no extrañó las miradas que le echaba su hermanita; añadió, pues:

—Es necesario que sepas lo que es condensación, para que comprendas lo que pasa en las vidrieras de tu ventana. Pero yo no tengo interés en enseñártelo y si esto te fastidia...

Y Pablo aparentó ir á tomar su sombrero para marcharse.

—No te vayas, le dijo con viveza su hermanita, quiero saber eso. Por otra parte, si yo no me equivoco, paréceme que abuelito me ha dicho algo sobre el mismo tema al explicarme la formación de las nubes; me dijo, según creo, que las nubes son vapores condensados...

—¡Enhorabuena! exclamó Pablo; veo que sabes ó poco menos lo que yo creía tener que enseñarte. La palabra condensación se usa para designar la vuelta de un vapor al estado líquido. Ahora bien, en tu cuarto hay vapor de agua, procedente de tu tocador, de tu botella y de tu respiración, pues ya sabrás con el tiempo que todos al respirar emitimos vapor de agua.

Ese vapor es caliente, puesto que está á la temperatura de tu alcoba y que ésta se encuentra caldeada. ¿Quién ha de pedirle un poco de su calor? El aire de fuera, el que está al otro lado de tu ventana, porque la calle está fría. Ese pobrecito aire exterior viene á frotarse en tu vidriera, y bien quisiera meterse dentro de tu cuarto, porque tiene mucho frío; pero no puede. ¿Qué es lo que hace? Acaricia los cristales de tu ventana, y á medida que tu chimenea los calienta, el muy pícaro les va quitando el calor. Los desdichados vidrios no llegan, pues, á calentarse, y están siempre más fríos que el aire del aposento. Cuando un vapor caliente encuentra un cuerpo frío, se dirige hacia él involuntariamente, que sobre él amontonándose allí, aglomerándose en forma de gotas líquidas, en una palabra, se condensa. Ya ves lo que el vapor de agua de tu habitación hace en la vidriera de tu ventana. Empieza por caer en ella en diminutas gotitas.

Pero si el cuerpo frío se enfría todavía más, si el aire exterior hace que siga descendiendo la temperatura de tus vidrios, la capa de agua líquida extendida sobre ellos pasa al estado sólido, se congela, se convierte en hielo. Y ya sabe usted, hermanita, porque hay hielo en sus ventanas aunque su alcoba esté cerrada y caliente.

—¡Ya he comprendido! exclamó la pequeña.

Su hermano Pablo al oírla, no obstante la confianza que tenía en la inteligencia de la precoz muchacha, no pudo menos de hacer un breve gesto de duda.

La niña lo notó.

—Voy á darte una prueba, dijo. Cuando en verano se suben las botellas desde el sótano, el cristal de esas botellas está húmedo ¿no es verdad?

—Sí, ¿pero á qué viene eso?

—A decirte que ese fenómeno lo causan los vapores calientes del aire, que se precipitan y se condensan en la superficie de la botella, que está fría. ¿Es eso, ó no?

—¡Muy bien! dijo Pablo realmente gozoso; te aseguro que no siento haber retardado mi salida.

Y el hermano mayor, después de besar á la chiquita, se apoderó del sombrero y se marchó á sus asuntos.



CAPITULO XVIII

¡ FUEGO !

La niña está leyendo en su cuarto. De repente se pone á zumbear el fuego, en la chimenea, de una manera extraña.

Vuelve la cara Susanita, y ve que de la lumbre se elevan unas llamas que se introducen por el tubo de la chimenea produciendo unos zumbidos sordos parecidos á los de un trueno lejano.

—¿Qué es eso? piensa la niña asustada. Abre la puerta y corre al cuarto de su madre.

—¿Qué sucede, hija mía? pregunta al verla su mamá.

—¡Ay! mamá, dice la niña.

—¿Pero qué tienes?

—¡Ven conmigo! responde Susanita arrastrando á su mamá.

En cuanto llegan al cuarto de la niña, comprende la señora el susto de su hija y ve de lo que se trata. En seguida tira violentamente del cordón de la campanilla.

—¡Hay fuego! dijo.

—¡Fuego! repitió la niña retrocediendo.

—¡Si, hijita, pero nada hay que temer. ¡Esto no es cosa grave! dijo la señora deseando tranquilizar á su hija. No es más que en la chimenea.

Entre tanto acuden los criados.

—¡Que llamen á los bomberos! dice la señora.

Uno de los sirvientes se apresura á obedecer esta orden. Los otros apartan los muebles inmediatos á la chimenea, para que el fuego no se les comunique. La habitación está llena de humo y la niña no puede abrir los ojos.

Iba á marcharse, cuando la llegada de los bomberos la hizo detenerse por curiosidad. ¿No le ha dicho su madre que no hay peligro?

Entonces mira maniobrar á los bomberos. Estos empiezan por cerrar todas las puertas y por sacar de la chimenea los leños inflamados, que apagan echándoles encima cubos de agua. Después piden que les den una sábana mojada.

Dos criados extienden el lienzo humedecido delante de la chimenea, sujetándolo con fuerza por uno y otro lado.

Uno de los bomberos sostiene por arriba la sábana mojada.

Otro se arroja sobre el cuarto lado de la sábana, que arrastra por el suelo.

El lienzo húmedo queda así tirante y la abertura de la chimenea perfectamente tapada.

Entonces el bombero que se halla de rodillas coge la sábana por el medio y la hunde en la chimenea, retirándola en seguida con un movimiento brusco y rápido.

Inmediatamente se ve caer en el hogar una lluvia de fuego, que parece venir desde las nubes.

Es el hollín incendiado que se desprende del tubo por el movimiento de la sábana.

Esta se quita para empaparla de nuevo en el agua de los cubos, mientras se apaga el hollín que acaba de caer.

La señora había pensado mandar á su hija que se fuera, mas viendo la atención con que miraba estas operaciones, consideró que podrían servirle de enseñanza y la dejó permanecer allí.

En su cerebro se agitaba ya todo un mundo de porqués.

Así que todo volvió á su estado normal, dijo la señora sonriendo á su querida niña, que reflexionaba silenciosa:

—Creo que tu hermano y tu abuelito van tener hoy una tarea muy regular.

—Sí, mamá, tento que hacerles muchísimas preguntas.

—No bien la niña concluía su frase, cuando sonó la campanilla de la entrada del hotel. Miró por la ventana, y vió Susanita que su abuelo y su hermano entraban juntos.

Corrió á su encuentro.

—¿No sabéis, les dijo, que hemos tenido fuego en casa?

—¡Fuego! ¿y dónde?

—En mi cuarto.

—¿En tu cuarto!

Los dos recién llegados dejaron ver un gesto de inquietud.

—No ha sido grave, continuó la niña; un fuego de chimenea que se ha apagado pronto.

—Pero hubiese podido propagarse, dijo el abuelo. ¡Vamos á ver lo que ha sido!

Pasaron al cuarto de la niña; la madre de ésta los tranquilizó.

Los criados acababan de limpiar los muebles, cubiertos de hollín y polvo, pero que ninguno se había deteriorado.

—Las verdaderas víctimas del fuego son Pablo y su abuelito, dijo la señora.

—¿Por qué? dijeron á la par abuelo y nieto.

—Eso mismo digo, ¿por qué? ya veréis cuantos os encaja Susanita!

—Sí, dijo la pequeña que esperaba su turno para tomar la palabra. ¿Por qué los bomberos han extinguido el incendio con un paño mojado?

Y contó lo que había visto.

El abuelo dejó hablar á su nieta, y así que ésta acabó miró á Pablo diciéndole.

—Ahí tienes tú un por qué de los más complicados, siquiera porque podría llevarnos demasiado lejos.

—Sí, respondió Pablo, pero convendría empezar preguntando á Susanita si sabe lo que es el fuego.

—¡El fuego!..... ¡el fuego es el fuego! dijo la niña interrumpiendo y no imaginando que el fuego pudiera tener explicación.

—Evidentemente, es el fuego, como la carne es la carne. ¿Pero sabes tú de donde viene la carne?

—De los animales.

—Y el fuego, ¿de dónde viene?

—¡Oh!..... ¡lo que es eso! dijo la niña apurada.

—Pues mira, yo trataré de enseñártelo en muy pocas palabras, sin entrar en detalles demasiado áridos.

Has de saber que en el aire que nos rodea y que todos respiramos, hay un gas llamado oxígeno, y que en la leña hay un cuerpo llamado carbón....

—Oxígeno y carbón, repitió la niña; esos dos nombres son fáciles y no los olvidaré.

Continuará

REVERIE

LA FUENTE SOLITARIA

Por José Antonio Calcaño

The musical score is written for piano and consists of ten systems of music. The key signature is one sharp (F#) and the time signature is 3/4. The score includes the following markings and features:

- First system:** Starts with a treble staff and a bass staff. The treble staff has a *Piano* marking. The bass staff has a *Sento* marking.
- Second system:** Continues the melody and accompaniment.
- Third system:** Features a *Andantino* tempo change marking above the treble staff.
- Fourth system:** Includes a *dim.* (diminuendo) marking in the treble staff.
- Fifth system:** Continues the musical development.
- Sixth system:** Includes a *ten...* (tension) marking in the treble staff.
- Seventh system:** Includes a *Doloroso* (dolorous) marking in the treble staff.
- Eighth system:** Includes a *ten.* (tension) marking in the treble staff.
- Ninth system:** Includes a *dim.* (diminuendo) marking in the treble staff.
- Tenth system:** Concludes the piece with a final chord.

dim

ten

allargando

dimin

COBIA

EL PESCADOR DE ISLANDIA

Continuación

Gaud dudaba si había oído bien: no se atrevía a creer lo que escuchaba.

Y la anciana, acurrucada en su rincón, aplicaba el oído a la conversación que tenía lugar sintiendo que un rayo de felicidad iba a descender sobre la cabaña.

—Pues bien, señorita Gaud; si queréis, podríamos hacer nuestra boda.....

Y se quedó mudo, aguardando una respuesta que no le daban. Juan se asombraba de aquel silencio; tenía una negativa. Ella estaba muy pálida, muy conmovida, muy linda, con sus ojos velados por la emoción.

—Pero, hija, ¿por qué no contestas?—interrumpió la vieja Ivona, que se había levantado, comprendiendo que era necesaria su intervención.—Ya veis, señor Juan, es natural que la chica se sobrecoja; debéis dispensarla y dejarla que reflexione un momento. Sentaos, señor Juan, y tomad un vaso de sidra con nosotras.

Gaud estaba sumida en una especie de éxtasis que no la dejaba contestar: no se le ocurría una palabra. ¿Conque era cierto que Juan tenía buen corazón? Así era como ella se lo había figurado siempre en su fuero interno, apesar de todo.....

Había huido de ella cuando era rica, y la solicitaba ahora que era pobre: sin duda la desigualdad de posición era la que había motivado la extraña actitud de Juan, que tanto la había hecho sufrir; pero ¿pero ¿á qué pensar ya en los sinsabores que por espacio de dos años habían amargado su existencia? Todos aquellos recuerdos tristes habían sido arrebatados en un segundo por el delicioso torbellino que pasaba sobre su vida. Silenciosa siempre, no sabía confesarle su adoración más que con la mirada profunda de sus ojos, en tanto que una lluvia de lágrimas comenzaba á resbalar por sus mejillas.

—¡Dios os bendiga, hijos!—dijo la abuela Moan.—Yo le doy muchísimas gracias al Señor porque me ha permitido ver vuestra felicidad antes de morir.

Los dos jóvenes continuaban cogidos de las manos, sin que el uno ni el otro encontrasen palabra alguna que fuese bastante dulce, bastante expresiva para las circunstancias.

—Abrazaos al menos, hijos míos. ¿Pero cómo no os decís nada? ¡Qué diantre de muchachos éstos! Vamos, Gaud, dile algo a tu novio.....En mis buenos tiempos, creo que no estaba mal visto que los jóvenes se abrazaran cuando estaban prometidos el uno al otro.

Juan besó en la frente á su prometida, poseído de un respeto desconocido para él. Parecía que aquel era el primer beso que había dado en toda su vida.

Ella también le devolvió su casta caricia, apoyando con todo su corazón sus frescos labios de virgen sobre la frente del marino, tostada por la brisa del mar.

Y todo parecía haberse vivificado y rejuvenecido súbitamente en la pobre cabaña. Hasta el retrato del buen Silvestre tomaba un aire risueño en el fondo de su marco negro. El silencio se llenaba de inauditas melodías, y el pálido crepúsculo del invierno que entraba por la ventana, les formaba en derredor como una bella aureola encantada.

—Es decir, que haréis vuestra boda al regreso de la temporada de Islandia, ¿no es eso, mis buenos hijos?—interrumpió la abuela Moan.

Gaud bajó la cabeza. La Islandia, la *Leopoldina*.... ya se le habían olvidado aquellos obstáculos espantables que se erguían amenazadores en su camino. ¡Al regreso de Islandia!.....¡Cuán largo sería todo aquel verano de pavorosa espera!

Juan ajustaba cuentas mentalmente, para formarse idea de si sería posible, activando las cosas, que tuviera tiempo de casarse antes de su partida: tantos días para sacar los papeles necesarios; tantos otros para las amonestaciones; todo aquello podría prolongarse hasta el 20 ó 26 del mes, y había lugar de hacer la boda, y de estar juntos lo menos una semana, antes de la partida.

—Voy corriendo á avisárselo á mi padre—dijo. Y se marchó con tanto apresuramiento como si los segundos mismos de su existencia estuviesen ahora medidos y contados.

XXXI

Constantemente han gustado los enamorados de sentarse juntos, en los bancos de piedra á la puerta de las casas, cuando empieza á caer la tarde.

Juan y Gaud participaban de esta costumbre. Todas las noches se hacían el amor sentados en el carcomido banco de granito que había á la puerta de la cabaña de los Moan.

Otros novios tienen la primavera, la sombra de los árboles, las noches templadas, los rosales floridos. Ellos, sólo tenían los crepúsculos de Febrero descendiendo sobre un país marino, donde todo eran juncos y piedras. Ni una rama de verdura sobre sus cabezas ni en torno suyo; nada más que el cielo inmenso, por el que pasaban lentamente sombras errantes. A guisa de flores, algas del mar, que los pescadores llevaban hasta el sendero al arrastrar sus redes desde la playa.

Los inviernos no son muy rigurosos en el país bretón, templado por las corrientes del mar; pero sin embargo, los crepúsculos vespertinos traían á menudo humedades heladas y pequeñas lluvias imperceptibles, que caían sobre sus hombros. Pero ellos no hacían caso, encontrándose perfectamente en el viejo banco, que había escuchado en el espacio de más de un siglo bastantes coloquios amorosos.

De vez en cuando, la abuela Moan se asomaba á la puerta por el placer de verlos, y también para ver de conseguir que entraran.

—¡Pero, Dios mío, cómo podéis estar ahí fuera con tanto frío y tanta humedad! ¡vais á poneros malos!

¡Qué habían de tener ellos frío! Ni siquiera tenían conciencia de la vida, aparte de la dicha de estar juntos.

Las gentes que atravesaban el sendero á la entrada de la noche, oían un ligero murmullo de dos voces que se mezclaban al rumor que el mar hacía debajo, al pie de las rocas. La voz fresca y argentina de Gaud, alternando con la de la Juan, que tenía sonoridades suaves y acariciadoras en las notas graves, formaban una música armoniosa. Distinguiáanse también sus dos siluetas destarándose sobre el granito del muro, al cual estaban adosados; al pronto, la cofia blanca de Gaud; luego toda su forma esbelta en su traje negro, y á su lado, el corpañón gigantesco de su novio. Encima de ellos, la masa informe del techo de la cabaña; detrás, los infinitos crepusculares, el vacío incoloro del cielo y de las aguas.

Al cabo de una hora, concluían por entrar y sentarse en la chimenea, para continuar su conversación en voz baja. Hablaban mucho, para desquitarse de dos años de silencio.

Habíase convenido en que los novios habitarían la cabaña de la señora Moan, quien se la legaba por testamento. Todo se volvían proyectos de reparaciones y embellecimientos en el viejo nido de pescadores, para cuando estuvieran más tranquilos, á la vuelta de la campaña de Islandia.

Una noche, Juan se entretuvo en referir á su prometida mil pequeñas cosas que ella había hecho ó que le habían sucedido después de su primer encuentro: hasta le explicaba con todos sus detalles los trajes que le había visto puestos, y las fiestas á que había concurrido.

Ella le escuchaba con grata sorpresa, reconociendo la exactitud de los tales recuerdos. ¿Pero cómo sabía él todo aquello? ¿Quién había de figurarse que se fijaba en tantas circunstancias insignificantes, y que fuera capaz de retenerlas en la memoria?

Juan sonreía, haciéndose el misterioso, y amontonaba detalles sobre detalles, aun de cosas que ella había casi enteramente olvidado. La joven le dejaba hablar, sin interrumpirle, presa de un encanto que invadía todo su ser: empezaba á adivinar que Juan también la había amado siempre.....Ella había sido su preocupación constante desde hacía dos años, y ahora se lo confesaba ingenuamente.

Pero entonces, ¿qué móvil oculto había tenido aquel hombre para afectar una indiferencia que le había costado tantos sacrificios?

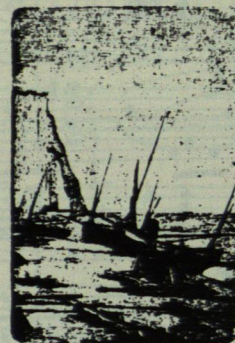
Siempre aquel misterio que le había prometido explicarle algún día, pero cuyo esclarecimiento aplazaba él sin cesar, con un aire de embarazo y una sonrisa indefinible.

..... Fueron un día á Paimpol, en compañía de la vieja Ivona, para comprar el traje de novia.

Entre los lindos trajes de señorita que le habían dejado cuando el embargo, los había que hubieran

podido servir muy bien para la circunstancia, arreglándolos un poco, sin necesidad de incurrir en un nuevo gasto; pero Juan se había empeñado en hacerle ese regalo, y ella no se había resistido demasiado: tener un traje regalado por él, pagado con el dinero de su trabajo, le parecía como que anticipaba en cierto modo el momento de llamarse su esposa.

Eligieron el traje negro, porque Gaud llevaba todavía el luto por su padre. Juan no encontraba nada bastante bueno entre las telas que el comerciante iba desplegando. Él, que por nada del mundo hubiera entrado antes en una de aquellas tiendas de Paimpol, donde se vendían cosas para mujeres, ahora quería ocuparse de todo; hasta de la hechura que había de tener el traje: exigía absolutamente que le pusieran anchas tiras de terciopelo en la falda, para que estuviera más vistoso.



XXXII

Una noche que llovía, estaban sentados al lado uno del otro á la chimenea, mientras la abuela Moan dormitaba, sentada enfrente de ellos.

Hablaban en voz baja, según costumbre inveterada de los enamorados; pero aquella noche había en su conversación períodos embarazosos de silencio. Juan, especialmente, hablaba poco y evitaba las miradas de Gaud.

Era que ésta menudeaba sus preguntas sobre aquel misterio que no había medio de aclarar, y esta vez el pescador se sentía cogido en las redes: ella era demasiado lista, y estaba demasiado decidida á saberlo todo: no sabía Juan cómo esquivarse.

—¿Os habíais hablado mal de mí?—preguntaba Gaud.

Él trató de agarrarse á aquel recurso, contestando en términos vagos. Sí.....habían dicho no sabía qué cosas en Paimpol.....

—Pero ¿qué cosas eran esas?

Juan no supo qué decir: la joven se persuadió de que seguía ocultándole la verdad.

—¿Me criticaban tal vez porque gastaba demasiado lujo?

En efecto, la tachaban de presumida.... de querer eclipsar á las demás con su elegancia de parisiense.... Pero en fin, Gaud se convencía más y más de que tampoco aquel era el verdadero motivo.

Hubo un nuevo silencio, durante el cual sólo se escuchó el gemido del mar.

Una idea empezó á seguir en el espíritu de Margarita, mientras observaba atentamente á su prometido. A medida que aquella idea iba tomando cuerpo en su cerebro, iba cambiando la expresión de su fisonomía.

—Pues si no era nada de eso, ¿qué era entonces, vamos á ver?—dijo ella mirándole fijamente, con la sonrisa de inquisición irresistible de la persona que ha adivinado.

Juan volvió la cabeza, pero no para escapar á las miradas inquisitoriales de su prometida, sino para reírse franca y abiertamente.

Continuará

Valor de este Suplemento, un Bolívar.

Los suscritores á EL COJO ILUSTRADO tienen derecho á este Suplemento sin ningún recargo de suscripción.